

Los colores de la vida  
Vámonos pa'l norte

Catalina Sánchez Sánchez

© **Catalina Sánchez Sánchez**  
Octubre 2025

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez  
Diseño de maquetación y portada: Daniela Campero

*A mis compañeros de trabajo Wendy González y  
Óscar Mota, por el valioso tiempo que me  
brindaron para la realización de este proyecto.*



## AGRADECIMIENTOS

Con respeto y cariño, a todas las personas que un día decidimos emigrar a los Estados Unidos sin documentos, desconociendo los retos que tendríamos que pasar para lograrlo, quienes después de muchos años de esfuerzo seguimos aquí, y que, a pesar del tiempo, extrañamos nuestro lugar de origen.

A las personas que se vinieron desde pequeñas y aprovecharon la oportunidad que este país les dio, estudiando una carrera universitaria, sin importar su situación migratoria, asimismo, a los hijos de indocumentados que han sido buenos estudiantes y ahora son el ejemplo de nuevas generaciones y orgullo de sus padres.

A todos los que cruzamos indocumentados y no hemos dejado de luchar y demostrar que venimos solamente a trabajar, para tener una vida digna, respetando las leyes de este país.

Hemos vivido lo que nunca imaginamos, hemos aprendido mucho de este país, nos hemos acostumbrado a su ritmo de vida, sus costumbres, sus celebraciones, hemos demostrado que luchamos por nuestros sueños y que la falta de documentos no ha sido un obstáculo, cuando se quiere salir adelante, trabajando o estudiando, este país

también es nuestra casa, tanto que, si algún día regresamos a nuestra tierra, dejaremos la mitad de nuestro corazón aquí.

Con mucho cariño para mis hijos, quienes me han enseñado lo que es el amor puro y verdadero, caminando siempre conmigo, sin soltarme de la mano. Ellos son la luz que me ilumina todos los días.

Para mis padres, Esperanza y Fulgencio; a mis tíos, Rosalino y Alicia, quienes también fueron mis padres; a Rolando, mi esposo y el padre de mis hijos, que nos cuida y protege desde el cielo. Aunque ya no estén físicamente, permanecen presentes en mi vida.

## **AGRADECIMIENTO ESPECIAL**

Con admiración y respeto, agradezco a una persona muy inteligente y trabajadora, porque gracias a él muchos paisanos hicieron realidad el sueño americano ¡Gracias, Juan!



## PRÓLOGO

La búsqueda de mejores condiciones de vida une a quienes han migrado de sus lugares de origen, dejando atrás vínculos, certezas y afectos, así como la cultura a la que pertenecen, que se lleva siempre en el corazón.

El viaje que emprenden no está exento de peligros ni de situaciones inesperadas; hay veces que se padece hambre, que se camina con incertidumbre o con miedo.

Catalina Sánchez Sánchez es una migrante oaxaqueña, afincada en California, que logra, a través de un relato sencillo y honesto, transmitir las peripecias que implica cambiar de residencia, buscando el sueño americano del otro lado de la frontera, uno al que miles de mexicanos se vieron arrojados desde hace décadas, cuando las condiciones en el campo (y también en las ciudades) se volvieron precarias, dejando a las personas sin poder acceder a una vida digna por medio de su trabajo.

Reconociendo las compañías y apoyos indispensables que la han sostenido, la autora nos relata su vida, partiendo de las memorias de su infancia en los pueblos de Oaxaca llamados Santa María Coyotepec y Santa Cruz Papalutla. ¿Qué tienen de

especial esas tierras? Catalina nos lo va describiendo a partir de lo más cotidiano: la comida, el oficio de sus padres, los escenarios de los juegos infantiles, el paisaje en el que creció, las fiestas y tradiciones.

La acompañamos a distintas mudanzas, conocemos la Ciudad de México y la colonia Roma desde su mirada; nos involucramos en los cambios que llegan en su juventud, enmarcada en un sentimiento de orgullo por sus raíces, algo que en estos días es difícil de encontrar.

Catalina no reniega en ningún momento de su origen, tampoco de las vicisitudes por las que tuvo que atravesar, ni de los obstáculos que fue sorteando en su travesía hacia el norte y, posteriormente, en Estados Unidos, el país que la acogió. Por el contrario, se muestra agradecida por los aprendizajes, la familia formada y con la vida misma, que, aunque por momentos se torne oscura, está llena de colores que reconfortan. La autora transmite la emoción de describir a sus paisanos que han logrado el éxito en sus negocios, y de aplaudir a los universitarios que han salido adelante sin importar sus condiciones de vida.

*Los colores de la vida: Vámonos pa'l norte* nos invita a pensar la existencia como una aventura que se compone de gozos, sinsabores y vaivenes; ahí reside la magia o, en otras palabras, lo que vale la pena entre las dificultades que toda vida conlleva. Leer a Catalina es acompañarla en sus pérdidas,

es conmovernos con sus despedidas y triunfos. En las palabras sinceras que se tejen en esta autobiografía encontramos pasajes que nos sorprenden y que incluso nos mantienen en suspenso.

El libro nos lleva sin prisa y con las emociones a flor de piel hasta un emotivo mensaje final que recupera todo lo narrado, colocándole en un lugar muy significativo, de cara a lo que queda por vivir.

**Inés M. Michel**  
Septiembre de 2022

## MI NIÑEZ

Nací en Santa María Coyotepec, un pueblito cerca de la ciudad de Oaxaca. Es un lugar pequeño, de bellas costumbres y tradiciones, donde todos nos conocíamos, la gente mayor, los jóvenes y niños.

La fiesta más grande del pueblo es en honor al Dulce Nombre de Jesús, que se celebra el 2 de enero de cada año.

Eran los años sesenta, disfrutaba mi niñez junto a mis primos, hijos de mis tíos Aron y Leo, hermanos de mi madre; a la familia de mi padre no la conocía porque no vivían en el mismo pueblo, sino en Santa Cruz Papalutla, sitio en el que nacieron mis abuelos y mis tíos. Qué felicidad sentía al ir corriendo al campo para cortar flores y agarrar chapulines, al asar los elotes recién cortados, caminar descalza (pues no había dinero para huaraches) y al disfrutar la lluvia en las calles llenas de agua; también al terminar con los pies llenos de lodo, ir a la escuela y jugar.

Había tiempo de todo, hasta de ayudar a mi mamá a cuidar a mi hermanito Mario (el nene).

Mi madre hacía tortillas para vender y mi padre tejía canastos de carrizo. Los tenía que terminar en viernes, porque los sábados en la mañana pasa-

ban a recogerlos. Nos gustaba subirnos a la camioneta que recogía los canastos, decían que era de un americano que tenía su negocio (Casa Brandon). Y ya en la tarde, mi padre me llevaba a recoger su pago a la ciudad de Oaxaca.

Teníamos una tía llamada Josefina, a quien toda la familia le decía Pina; era la hermana mayor de los hermanos de mi mamá, y gracias a mis tíos Rosalino y Alicia, que estaban trabajando en la Ciudad de México, pudo construir dos cuartos de ladrillos. Ella quería mucho a todos sus sobrinos y nos invitaba a dormir a su casa, una semana distinta a cada uno, en esos cuartos nuevos. Nos poníamos felices al recibir la invitación, pues nuestras casas eran de carrizo y láminas de cartón.

Recuerdo una mañana particular, en la que mis tíos llegaron de México, llevaron una televisión a mi tía Pina y, desde ese momento, nos invitaba a verla sólo los fines de semana, nada más una hora, sentados afuera para no tocarla. Mi tía era muy estricta, pero le gustaba tenernos a todos juntos.

Con frecuencia nos reuníamos todos los primos en la casa de mi tía Pina, a jugar a las escondidillas. El patio era enorme, con muchos árboles atrás, así que era difícil encontrarnos. Nos ponían en un árbol un mecate que servía para columpiarnos. Me acuerdo de que esperábamos ansiosos la temporada de la pizca (cuando se recogía la cosecha de maíz), llegaban mis tíos con las carretas llenas de mazorca y nos subían en ellas.

Qué emoción era ir hasta arriba y ver la cara de felicidad que ponían mi madre y mis tías, imaginando que ya tendrían maíz para muchos meses. Nosotros también estábamos felices, pues ya sabíamos que ese día tendríamos mucha comida. La costumbre era preparar el tejate, junto a una buena comida, para todos los que habían trabajado ese día. No podía faltar el mezcalito que tomaban mis tíos y los mozos diciendo que lo tomaban para no sentirse tan cansados, ya que habían tenido un día muy pesado. Se les pagaba a los mozos y más tarde todos se iban alegres a descansar.

Para nosotros era la oportunidad de comer nieve, puesto que había una persona del pueblo vecino que pasaba vendiéndola y nos decía que podíamos pagarle con mazorcas, cosa que hacíamos a escondidas de nuestros padres.

También se cosechaban calabazas, y escogíamos las más grandes y largas, a las cuales llamábamos *chompas*, les dibujábamos los ojos y esas eran nuestras muñecas. Qué felices éramos, agarrando el rebozo de mi mamá para abrazarlas.

Los niños iban al campo a cuidar sus animalitos y, más que trabajo era diversión, se llevaban sus canicas, sus trompos, o lo que estuviera de moda según la temporada. Se ponían a jugar en la arena, el pasto y, a veces, en los arroyos; también jugaban con ligas y cáscaras de naranja, se montaban en un carrizo o una vara gruesa y le iban pegando con

otra vara, imaginando que estaban montando un caballo; eran felices haciendo los mandados de su mamá, montados en su carrizo.

Algunas veces se encontraban una llanta de carro y con la mano la iban empujando para que rodara y ése era su auto. Qué mentes tan sanas y creativas.

Éramos tan felices y no nos hacía falta nada, aguantábamos frío o calor, sin quejarnos. Todo era alegría.

A mis siete años, mis padres decidieron regresar al pueblo de Santa Cruz Papalutla, lugar de origen de mis abuelos, de mi papá y mi mamá. Este pueblo se encuentra alejado de la ciudad de Oaxaca.

Yo nunca pregunté por qué tomaron esa decisión. Siempre me quedaré con esa duda. Nos fuimos cuatro hermanos: dos mayores que yo y el más pequeño, ya que Rosa (la mayor de todos) estaba en la Ciudad de México, con mis tíos, trabajando para ayudar a mis padres.

Era el mes de mayo, no recuerdo qué día, cuando mi madre puso en una bolsa grande de tela la poca ropa que teníamos y, en otra bolsa, algunos trastes. Mi padre, que también era músico, guardó su instrumento; mis hermanos iban cargando cosas y yo, jalando a mi hermanito.

Así, dejamos mi casita de carrizo, mis perros y a la familia de mi mamá.

Recuerdo que mi grupo de primer grado estaba ensayando un bailable muy bonito, que pre-

sentaríamos el 10 de mayo en el programa que hacía la escuela para festejar el Día de las Madres. Nos salíamos al patio a ensayar con mi maestra Agripina Sotomayor Díaz, una de las profesoras más queridas por toda la gente, por su buena labor académica y por haber durado muchos años en el pueblo; mis tíos le tenían mucho respeto y cariño, pues la conocían desde años atrás, cuando daba clases en Santa Cruz Papalutla.

Era mi primer año de primaria y yo estaba muy contenta de participar en el bailable, pero ahora estaba triste porque me tenía que ir. Mis padres nunca nos preguntaron si queríamos irnos, ellos decidieron por nosotros. Yo estaba preocupada, pensando quién iba a bailar con mi pareja el día del festival. Y me imagino que mis hermanos también se sentían tristes, pero tampoco dijeron nada.

## LLEGAMOS A SANTA CRUZ PAPALUTLA

Llegamos al pueblo de mis padres: Santa Cruz Papalutla, un sitio más grande que Santa María Coyotepec, más alejado de la ciudad y, por consecuencia, el transporte ahí era muy escaso. Al llegar, nos dirigimos a la casa de la familia de mi papá, familia a la que yo no conocía, pero que nos recibió con mucho gusto. Había dos señoras mayores, eran tías de mi papá y, como no había niños en esa casa, nos cuidaban mucho y eran muy cariñosas con nosotros. En esa casa nos quedamos a vivir dos meses, hasta que mi padre terminó nuestra casita de carrizo en un terreno de enfrente.

Mi segunda hermana se llamaba Alfonsina y toda la familia le llamaba China; ella nos llevaba a jugar en un terreno baldío, cerca de la iglesia, pues no conocíamos otro lugar y no íbamos a la escuela, porque el año escolar ya iba a terminar, así que mis padres pensaron que ya no tenía caso mandarnos.

Qué triste veía yo el pueblo, el 80% de la gente hablaba solamente el idioma zapoteco del valle y poquita *castilla*, como decían ellos, refiriéndose al español que hablaba únicamente la gente más joven. Todo era diferente, las personas mayores tenían otra forma de vestir, las mujeres

usaban, a manera de faldas, unos metros de tela que se amarraban con un cinto rojo muy grueso, mientras que los hombres vestían de pantalón y camisa blanca.

Era difícil acostumbrarse a un pueblo tan callado, en el que habíamos conocido muy poquita gente. Mi madre nos llevó a visitar a la poca familia que teníamos, para avisarles que ya íbamos a vivir en ese pueblo; todos se dedicaban al campo y a tejer canastos de carrizo; eran muy buenos artesanos, gente inteligente que hacía canastos de todos tamaños y cada uno tenía su respectivo nombre; algunos se usaban para la pizca, otros para guardar la ropa y otros, muy hermosos, tenían asa y los usaban las mujeres para llevar su mandado o para las fiestas.

Éste fue un oficio que mis familiares aprendieron desde pequeños; cuando llegaron a Santa María Coyotepec; eso les ayudó para sobrevivir y otras personas del pueblo también aprendieron a tejer los canastos.

Tiempo después, quienes vivían en Santa Cruz Papalutla, descubrieron que, con su creatividad y con la habilidad de sus manos, podían hacer cosas increíbles con el carrizo, así que empezaron a tejer lámparas, figuras de animales y una variedad de canastos lujosos que los artesanos muestran en la Feria del Carrizo, que se celebra en la actualidad.

Las mujeres se dedicaban a hacer tortillas y tejate (una bebida que se prepara con maíz, cacao,

hueso del mamey y otros ingredientes y que se sirve en jícaras coloradas, pintadas con hermosas flores). El tejate no era conocido en Santa María Coyotepec, pero tiempo después empezaron a tomarlo; a pesar de esto, la bebida sólo saben prepararla las personas originarias de Santa Cruz Papalutla.

En ese tiempo, en Santa Cruz Papalutla, todos se saludaban de una manera muy educada, si eran familiares cercanos se besaban la mano y decían: “*Chan*”, saludo que utilizaban los sobrinos con los tíos o los ahijados con los padrinos. *Chan* fue la única palabra que aprendí; se decía para pedir la mano y besarla. Había mucho respeto de los jóvenes a las personas mayores. Actualmente, sólo la gente mayor sigue saludándose de esa manera.

En Santa María Coyotepec era un poco diferente, no se hablaba el zapoteco del valle, ni se besaba la mano, simplemente se decía: “La mano, mamá”, “La mano, tía” o “La mano, madrina”, y este tipo de saludo sólo se utilizaba para familiares cercanos; al escucharlo, se contestaba: “Dios te bendiga”. Además, a cualquier persona la saludaban diciendo su nombre y agregando la palabra tío, por ejemplo: “Buenos días, tío Lino”, “Buenas tardes, tía Alicia”. En la actualidad algunas personas lo siguen haciendo.

Mi madre nos empezó a llevar al campo en Santa Cruz. Qué felices nos poníamos al ver que el frijol que habíamos sembrado había nacido y

que cada vez que íbamos, estaban más grandes las plantas, con el frijol en ejote, lo que nos indicaba que íbamos a tener muy buena cosecha; también había mucho tule verde (planta parecida a la palma) que, cuando ya estaba seco, servía para hacer los techos de las casas. La mayoría de las casas eran de tule y carrizo.

Había muchos órganos (un tipo de cactus) que daban tunas rojas y me sorprendí al conocer las tunas blancas; también crecían otro tipo de órganos formados, que servían de cerco para todas las casas.

Yo extrañaba a mi pueblito (Santa María Coyotepec), a mi familia que se había quedado, a mi escuela, todo. Así pasaron tres meses adaptándonos a la nueva vida, conviviendo con nuestros nuevos parientes, familiares de mi papá. Por suerte, mi mamá tenía dos hermanos en México, mi tía Alicia y mi tío Linito, quienes me ofrecieron la oportunidad de irme con ellos.

Mi mamá me preguntaba si yo me quería ir, viendo la posibilidad de un mejor futuro para mí, pues apenas y podía con mis hermanos. Por esa razón, decidí irme con mis tíos, pues tenía la curiosidad de saber cómo era la capital, ya que, cuando llegaban mis familiares y otras personas a las fiestas del pueblo, venían muy bien vestidos y la gente del pueblo los veía con admiración.

## ¡VÁMONOS A LA CIUDAD DE MÉXICO!

Mis tíos mandaron a mi hermana mayor para que fuera por mí al pueblo; me fui muy contenta, era la primera vez que haría un viaje largo, así que estaba muy emocionada de conocer y estudiar en la Ciudad de México, pero también triste de dejar a mis padres y a mis hermanos, en especial a mi madre, quien siempre me llamaba *nena*; aunque mi hermanito Mario era el más pequeño, yo era la que dormía en sus brazos.

Recuerdo que mi hermana Rosa decía que, cuando viajaban a la Ciudad de México, tomaban el camión en la noche y ahí se dormían. Llegaban hasta el otro día muy temprano. Yo no podía dormir, empecé a sentir la lejanía del pueblo y se me salieron las lágrimas. No dejé de llorar, pero ya no era hora de arrepentirme; sin darme cuenta, me venció el sueño y, cuando volví a abrir los ojos, ya estábamos en la Ciudad de México.

Era el mes de septiembre, las clases ya habían empezado. Mi tía Alicia, hermana de mi mamá, me llevó a inscribir a la escuela más cercana: Francisco Montes de Oca. Fue difícil lograr la inscripción, pues mi madre me había sacado de la escuela sin haber terminado el año escolar y no teníamos cómo

comprobar que yo había cursado el primer grado de primaria. Al final, me hicieron un examen de evaluación para saber en qué grado admitirme. Gracias a la buena maestra que tuve, sabía leer y escribir muy bien, así que decidieron que entrara a segundo año de primaria.

En México se disfrutaba la vida de manera distinta, teníamos ropa diferente, había otras comidas, juegos y diferentes diversiones. Para ir a la escuela, el uniforme tenía que lucir impecable, los zapatos debían ir bien boleados, los libros y cuadernos bien forrados, y usábamos una mochila especial; quedó atrás el morralito o las bolsas de plástico que se utilizaban en el pueblo para guardar los libros y cuadernos, también los pedazos de navajas de rasurar que servían para sacarle punta a los lápices; para borrar, a veces recurríamos a los dedos mojados con saliva.

Debo decir que, al fin, conocí un baño con regadera y así podía disfrutar del agua caliente, pero también extrañaba las ocasiones en que iba con mis familiares a bañarnos a los arroyos. Había un lugar que le llamaban La Tehuana, estaba un poco más lejos y decían que era el arroyo más peligroso, porque el agua venía con mucha fuerza; teníamos curiosidad de conocerlo, pero como éramos pequeños no nos llevaban.

En la capital disfrutaba de comida que nunca había probado y menos en una mesa, pues estaba

acostumbrada a sentarme en un pedazo de tronco o en un ladrillo; si teníamos suerte, ganábamos una sillita o banquito de madera que mi papá había hecho; la mesa era el suelo, no había cubiertos; si la comida era caldosa, la tortilla **clayuda** (también conocida como *tlayuda*) nos servía perfectamente como una cuchara, y las que hacía mi madre eran las mejores clayudas. Así llamábamos a las tortillas grandes que se comen en todas las casas del pueblo.

Todo cambió en la gran ciudad, menos mis trenzas largas que a veces servían para que mis compañeras capitalinas se burlaran, diciéndome que era “la India María”, pero yo era muy feliz y eso no me importaba. Al principio extrañaba a mi familia de Oaxaca, sobre todo a mi madre, quien siempre me consentía por ser la menor de las mujeres; quería estar en mi pueblito, pero poco a poco me adapté a la nueva vida de la ciudad.

Los fines de semana nos dejaban ir a jugar a dos parques que quedaban cerca de la casa: Parque México y Parque España, donde comíamos jícamas y chicharrones con mucho chile y limón; había un señor que tenía un taller de bicicletas enfrente del parque y nos alquilaba una, pagando diez pesos la hora. Nunca pude tener una propia.

Por las tardes, después de terminar la tarea, podía salir a la banquetta a jugar con otros niños del edificio. En las vacaciones me llevaban con mi madre al pueblo de Santa Cruz Papalutla, ella me

consentía todos esos días que yo pasaba ahí; recuerdo que mi hermana China se ponía feliz de enseñarme la variedad de pollos y guajolotes que tenía; también tenía algunas plantas que servían para algún malestar o para dar sabor a las comidas; mis hermanos me llevaban al campo. El regreso era lo más triste, lloraba por mi madre, por tener que dejarla otra vez.

Así era cada año; al regresar con mis tíos se me olvidaba un poco, porque ya me estaba acostumbrando a estar con ellos, les tenía mucho cariño; ellos eran como mis padres y me gustaba mucho ir a la escuela, así que disfrutaba de mi niñez. Mis tíos se ponían felices de saber que nos gustaba estudiar, pues antes de mí, se habían llevado del pueblo a mi primo Omar, hijo de mi tío Leo, que en ese tiempo estaba estudiando la universidad.

Después de cuatro años de vivir en la capital, mi tía Alicia decidió regresar a mi pueblito querido, Santa María Coyotepec. ¡Qué alegría volver a mi escuelita! A la hora del recreo iba a la tiendita de enfrente a disfrutar del mango verde con mucho chile que nos preparaba la tía Deme; así le decimos a la señora Demetria Castillo, quien tenía su tiendita desde esos tiempos, y hasta la fecha la sigue atendiendo.

Otra vez pude disfrutar del campo, los tacos de chapulines, las clayudas, el queso, la nieve de leche quemada con tuna; volví a correr con los pe-

rros y a ayudar con la cosecha de maíz, recogiendo chícharos, garbanzo y frijoles.

En ese tiempo se recogía bastante cosecha, la tierra era buena y toda la gente se dedicaba a sembrar sus terrenos; con parte de la cosecha, criaban a sus animales. Eran años en los que llovía a tiempo, el río siempre tenía agua y, en ocasiones, aprovechábamos para ir a lavar; además, nos bañábamos en los arroyos.

## REGRESAMOS A MI PUEBLITO QUERIDO

Ahora estaba más feliz, pues mi madre nos visitaba cuando podía y nosotros íbamos a verla al pueblo de ella, Santa Cruz Papalutla; mis tíos esperaban la fiesta del pueblo que se celebra en el mes de octubre, un festejo en honor del Señor de Santa Cruz.

Era una oportunidad para convivir con la familia y ver a sus amigos de la infancia, que también venían de México y de otros lugares. La fiesta dura una semana, llega gente de pueblos cercanos a visitar al Señor de Santa Cruz y oír la misa oaxaqueña, que va acompañada por la banda de música del pueblo; después se disfruta de la feria, la comida, la nieve, los dulces regionales y el baile. En el corredor municipal ya estaban preparadas las bandas de música para deleitarnos, tocando el jarabe del valle para empezar a bailar, inmediatamente seguía tocando otra banda; era una competencia. Y es que el pueblo tiene fama de poseer muy buenos músicos.

La fiesta termina con el jaripeo, donde llegan muchachos de los pueblos circunvecinos a montar toros y ganarse un premio; el jaripeo no se acostumbraba en Santa María Coyotepec, fue una tradición que mis familiares se llevaron de Santa Cruz y, en los años ochenta, se implantó.

Actualmente se presenta una exposición de artesanía hecha de carrizo, en la que los artesanos del pueblo muestran la variedad de canastos, bolsas, aretes y todo lo demás que han logrado gracias a su creatividad y talento. El 3 de mayo se celebra el Día de la Santa Cruz; hay misas, madrinas y, sobre todo, mucha comida y música de banda.

Santa Cruz Papalutla ha trabajado muy duro; gracias a su esfuerzo y al grupo de personas apoyado por la autoridad Municipal, se ha podido rescatar la lengua materna, que es el zapoteco del valle; esto se logró investigando métodos de aprendizaje para poder escribir y hablar este idioma; también organizaron el Primer Encuentro de las Lenguas Indígenas de Oaxaca; además, lograron que se celebre el Día Internacional de la Lengua Materna, un evento muy importante que se lleva a cabo en el mes de febrero, en un lugar que tiene mucha historia, el hermoso Cerro de la Bichi Yana (*Bichana*), donde todo el pueblo participa, mostrándose muy orgulloso del idioma que están enseñando a las nuevas generaciones, para no perder ese tesoro que nos han dejado nuestros antepasados.

## BONITOS RECUERDOS DE JUVENTUD

Mi tía tenía una tienda pequeña; cada día íbamos a Oaxaca, al mercado Benito Juárez, para comprar el pan amarillo y otros productos que vendíamos en la tienda. Cuando pasábamos en los pasillos, estaban siempre las señoras que vendían las tortillas, gritando:

“¡Güerito, güerita!, ¿qué va a llevar?”, “¡Blandas, blandas, blandas!”, “¡Clayudas, clayudas o blandas!” o “¡Clayudas calientes!”, todas gritaban al mismo tiempo y no sabíamos a quién hacerle caso.

Además, caminábamos con cuidado porque en cualquier momento salían los cargadores con canastos en su espalda, gritando: “¡Golpe, golpe, golpe!”, era la manera de pedir permiso, sin importar a quién le pegaban con su canasto tan pesado.

Después caminábamos en el pasillo donde venden la carne; me gustaba ver colgadas las carnes de todo tipo y oler el aroma exquisito del chorizo y del tasajo asándose en el carbón; también disfrutaba mirar todo el humo, me imaginaba que eran las nubes que se formaban. Por ahí teníamos que pasar muy rápido, para no antojarnos, pues no siempre había dinero para comerse un taco.

En las tardes íbamos al campo, recuerdo cómo se disfrutaban la hermosura de la alfalfa floreando,

los pájaros, las chicharras y la música tan bonita que ponían en los tocadiscos del pueblo, anunciando el pan caliente o pidiendo ayuda para localizar a algún animal que se había perdido; también se utilizaba para avisar de alguna junta importante que haría la autoridad municipal o simplemente para que los muchachos le dedicaran melodías a sus novias. Curiosamente, nunca decían el nombre de la muchacha, sólo de quienes hacían la dedicatoria; aunque a veces sí decían las iniciales y así las muchachas ya sabían si era para ellas.

Así se hacía para que no fueran descubiertas por sus padres. Además, en las mañanas, se oían las mañanitas para felicitar a las personas que cumplían años; algún familiar o amigo le dedicaba una hora de música a los cumpleaños, de manera que todo el pueblo se enteraba de quién estaba festejando su aniversario ese día.

Era una época hermosa, la juventud vivía sanamente, no había peligros en aquellos tiempos (o, por lo menos, así lo consideraba yo). Los bailes se festejaban con los tocadiscos o la consola; había que invitar a las muchachas, primero se pedía permiso con sus padres y se pasaba más tarde por ellas; al terminar el baile, se tenía que ir a entregarlas y dar las gracias. Los muchachos llegaban muy arreglados en sus bicicletas, daban vueltas y vueltas, hasta que veían a la novia se animaban a bajar; otros aprovechaban la música y, muy educadamen-

te, estiraban la mano para pedir a las muchachas que bailaran con ellos. Ésa es la juventud que nosotros vivimos, son recuerdos maravillosos que siempre recordaremos.

## LAS FIESTAS DE MI PUEBLO

La fiesta más grande del pueblo es para adorar al Dulce Nombre de Jesús. Aunque no teníamos dinero, esperábamos ansiosos las fiestas del pueblo, para estrenar ropa y bailar con la banda de música.

Las personas que van a pagar la misa y hacen la fiesta en honor al santo patrón son conocidos como *mayordomos*; se hace la promesa con un año o más de anticipación y se avisa a los encargados de la iglesia y a la autoridad municipal; meses antes se empieza a preparar la fiesta. Hay mucho trabajo que hacer, se encargan velas de concha, unas velas adornadas con flores de colores, hechas de cera. Las velas de concha son una tradición que mis familiares llevaron de Santa Cruz Papalutla.

Después invitan al *huehuete*; así se le llama a la persona que ayuda a organizar y dar consejos para que la fiesta salga bien, siguiendo la costumbre cada año.

El huehuete, a quien todos conocemos en el pueblo y que nos ayuda desde hace años en todas las mayordomías y otras fiestas tradicionales, es una persona con mucha experiencia para hablar en público, tanta que ya no tiene que pensar lo que va a decir, pues ha participado en muchos discursos.

sos. En los días de la fiesta es el responsable de dirigir a los mayordomos, las madrinas, las cocineras, los músicos y de arreglar los detalles, para que todo salga bien y a tiempo.

Es admirable el trabajo de las cocineras, quienes son muy conocidas en el pueblo. Días antes de todo el festejo compran todo lo que van a necesitar. Empiezan tostando el chile para el mole, tostando el cacao para el chocolate, y así van adelantando todo lo que puedan, pues tienen que cocinar dos o más comidas diferentes para cientos de personas; las chocolateras, quienes preparan el exquisito chocolate, tienen la habilidad de servir cientos de tazas de chocolate muy espumoso. Las personas que hacen el atole y todas las involucradas en las comidas y las bebidas terminan rendidas, pero lo hacen con mucho gusto.

Quienes ayudan a pasar la comida a la mesa están todo el día caminando muy apurados, llevando los platos y limpiando, pues los invitados no dejan de llegar; disfrutan su trabajo haciendo bromas. Uno de ellos es el encargado de invitar a las personas a la mesa para que nadie se quede sin comer, pues ésa es su principal responsabilidad.

La celebración comienza el 31 de diciembre con el convite. Como es la costumbre, los mayordomos son las principales figuras, por eso son los que van hasta adelante, llevando sus velas; estas velas se han mandado hacer meses atrás, con mucha fe.

Después avanza la familia del mayordomo, también con velas, y las madrinas cargan sus canastas con hermosas figuras hechas de flores naturales. Todas las personas del pueblo son invitadas; cualquiera puede unirse y hacer el recorrido por las calles principales, en compañía de la banda de música que alegra la caminata.

Después de recibir el año nuevo en la casa del mayordomo, todos se preparan para empezar la Calenda (fiesta, baile); van acompañados de la marmota y los monotes, que son parte muy importante de esta celebración. Es costumbre ir a bailar a la casa de las personas que conforman la autoridad municipal. En cada casa regalan tamales, tortas o algún pan; también obsequian café o atole delicioso; lo disfrutamos mucho, pues es de madrugada y hace bastante frío. Tampoco puede faltar el mezcalito para ponerse alegre y disfrutar bailando con la banda de música y darse el abrazo, por el año que acaba de empezar. La calenda termina a las cinco o seis de la mañana.

Como es la costumbre, el primero de enero todo el pueblo va a la iglesia a dar gracias por el año que empieza; ahí se oye la misa de Calenda. En este día las madrinas, después de la misa, se van a la casa del mayordomo, cargando sus canastas con hermosas flores; después de que el mayordomo les da la bienvenida, se lucen bailando el jarabe del valle y avientan dulces y fruta. Los invitados esperan

ansiosos este momento; luego las madrinas empiezan a repartir flores, dulces y fruta a todos los invitados, mientras nos deleitamos escuchando a la banda de música del pueblo. Al mismo tiempo que los invitados, las madrinas pueden disfrutar de un exquisito higadito (platillo preparado con huevo y muchas especias) y del delicioso chocolate con pan de yema, de las conchas y el pan de cazuela; no puede faltar un atole de espuma, receta aprendida de las personas de Santa Cruz Papalutla.

Más tarde nos vamos a descansar, para estar listos, pues en la noche toca reunirse enfrente del Palacio Municipal, como es la costumbre; ahí se disfruta de los juegos pirotécnicos. Es admirable el trabajo del **cuetero** y de las personas que ayudan. La experiencia es increíble y emocionante; dura aproximadamente tres horas y termina con la quema del castillo. Convivimos con la autoridad del pueblo y no faltan las personas que reparten el mezcal y el tequila. Al terminar, todos se retiran alegres a dormir, para disfrutar del día siguiente, que estará muy ajetreado para los mayordomos y para la autoridad municipal.

El 2 de enero es el día de la *mera fiesta* (así decimos todos en el pueblo); van llegando todos los invitados con refrescos, cerveza, pan, según lo que quieran llevar o lo que el mayordomo les ha pedido.

En este día, al terminar la misa, el huehuete y los familiares del mayordomo van al Palacio Muni-

cipal, donde se encuentra la autoridad del pueblo, para llevarlos a la fiesta, pues ellos son los invitados especiales y siempre se les tiene preparada una mesa. No se puede empezar el baile hasta que ellos lleguen; además, se les invita a bailar el tradicional jarabe del valle. Todo es alegría y unión, sobre todo después de haber disfrutado del delicioso chocolate con pan de yema y del exquisito mole oaxaqueño, preparado por las cocineras expertas, quienes sirven platos llenos para que todas las personas queden satisfechas; incluso alcanza para llevarse a la casa y disfrutar un poco más al día siguiente; así es la costumbre, decimos que “el que no come carga”; para cerrar con broche de oro se hace un brindis con nuestro famoso mezcal.

Otra de las mayordomías importantes que se celebran en mi pueblito es la que se hace en honor a la Virgen de Santa Isabel, la cual se celebra el 8 de julio.

Después de la misa, los muchachos y niños salen a las calles del pueblo disfrazados de *cachudos* (personas que se ponen cuernos y una máscara); los cuernos se consiguen de un toro; meses atrás, se pintan los cuernos y los muchachos se llenan el cuerpo de ixtle; además, preparan sus mecates y practican para lazar muchos gallos el día de la fiesta; otros se visten con trajes típicos, imitan a algún político o bien, una boda o una quinceañera; usan máscaras para no ser reconocidos y poder hacer las bromas.

Los muchachos se presentan en la casa del mayordomo a bailar y a divertir a los invitados. En la tarde nos preparamos para ir a mirar las carreras de caballos y ver cómo los cachudos lanzan sus mecates, para lazar los gallos que algunas personas han donado; al mismo tiempo, se puede disfrutar la música de banda y ver bailar a los cachudos y a los viejos disfrazados, quienes hacen cosas para divertirnos. También se puede tomar el mezcalito o cerveza que invita el mayordomo y la autoridad municipal. Al terminar, regresamos a la casa del mayordomo a seguir el baile, hasta que se vaya el último invitado. Los cachudos animan bastante esta fiesta y, gracias a personas que se han preocupado por seguir la tradición, han sido invitados a la primera muestra del Carnaval de los Valles Centrales, para participar en una caminata anual que se hace en la ciudad de Oaxaca; actualmente, son reconocidos de manera oficial como los Cachudos de Santa María Coyotepec.

No podía faltar la mayordomía para celebrar a nuestra madre santísima, la Virgen de Guadalupe. La fiesta es parecida a la del Dulce Nombre de Jesús; hay misas, convite, Calenda y, como siempre, mucha comida, baile y mezcalito.

## LOS PAISANOS EMPEZARON A CRUZAR LA FRONTERA

Conforme pasaba el tiempo, la situación económica en la casa empeoraba, nuestra tiendita se tuvo que cerrar y el campo ya no era tan productivo.

Mucho se comentaba en el pueblo de Santa Cruz Papalutla de las personas que se habían ido a Estados Unidos y les había ido muy bien. Cuando regresaban, podían comprar algún animal o construir su casa; llegaban en la fiesta de octubre, disfrutaban unos días con su familia y se iban nuevamente a Estados Unidos.

La verdad no se oía tan peligroso ni difícil el cruce fronterizo, y cada vez eran más las personas que se animaban a irse.

Mi hermana Rosa me invitó a vivir con ella y decidí quedarme a vivir en la ciudad de Oaxaca por un año, en una casa donde vivían varios estudiantes; ahí compartíamos tres personas el mismo cuarto. Éramos veinte; la mayoría venían de pueblos muy alejados de la ciudad, también hablaban lengua originaria, en este caso mixe; a pesar de las dificultades que pasábamos y de nuestra mala situación económica, la mayoría éramos buenos estudiantes. Yo era afortunada, pues mi madre, cada

vez que venía a verme, me traía las tortillas tan sabrosas que hacía y un queso que nos tenía que durar toda la semana. Algunas compañeras comían tortillas duras y frijoles en ejote, que sus familias les traían cada mes, pues vivían en pueblos muy alejados de la ciudad.

También algunas de ellas platicaban de familiares que se habían ido al norte y que les estaba yendo muy bien; la mayoría tenían ganas de irse, pero también querían terminar su carrera. Nos ilusionamos oyendo historias que contaban, decían que era muy fácil cruzar la frontera y que había mucho trabajo; algunas se animaron y, al no encontrar empleo en nuestro país, se rifaron a su suerte, yéndose a Estados Unidos.

Los fines de semana íbamos a ver a mis tíos en Santa María, y también allá platicaban de personas que habían llegado del norte y que pensaban quedarse un poco, para luego regresar, porque en un breve tiempo habían ahorrado para empezar su casa y tenían que terminarla.

Pasaban los meses y seguíamos yendo a las fiestas que nos invitaban en el pueblo; todos nos conocíamos y disfrutábamos de los bailes. Para los años ochenta, ya había quedado atrás el tocadiscos, bailábamos con la banda del pueblo o con algún grupo musical.

Años después, se seguían celebrando todas las mayordomías y, a pesar de que el pueblo está

cerca de la ciudad de Oaxaca, nunca se perdió la tradición; todo se hacía con mucho respeto por la Iglesia y por la autoridad municipal.

Benito era un joven que vivía a media cuadra de la casa, nos conocíamos desde niños; salía a jugar con nosotros. Siempre que iba a los mandados llevaba rodando una llanta de carro; todo el tiempo andaba con su hermano, que era un año más grande que él; desde niños usaban botas y se ganaron el sobrenombre de los Botas o los Nolasco, por su apellido; ellos ayudaban a su padre a trabajar en el campo. Pasaron los años y cada quien vivía en su mundo; después nos volvimos a encontrar, nos veíamos en los bailes y me invitaba a salir. Finalmente, me casé con él.

Era la década de los ochenta. Sin haberlo pensado, había llegado mi turno, estaba recién casada y mi situación económica no era la mejor. Benito y yo decidimos que él se fuera a probar suerte a Estados Unidos.

Esta sería la segunda vez que cruzaba la frontera; ya sabía a lo que se enfrentaría, pues dos años antes había estado durante varios meses en la cosecha de fresa y de uva.

Yo, por mi parte, decidí quedarme con mis tíos, a quienes quería mucho. Ellos se oponían, ya que decían que mi lugar estaba con mi esposo. Una semana después, Benito tuvo suerte y logró cruzar la frontera.

Se estableció en California, en la ciudad de Santa Ana, donde se encontraban su hermano y otros señores que trabajaban en el campo; ahí empezó a trabajar cosechando fresa, pues ya tenía experiencia.

Pasaron unos meses y, así como mis tíos, empecé a pensar que lo mejor era que estuviéramos juntos, ignorando los riesgos que tendríamos que pasar para lograrlo. Benito también pensaba igual, pero le preocupaba la manera en la que cruzaríamos la frontera; yo estaba embarazada y él no quería que me arriesgara; por mi estado, era difícil que me dieran una visa de turista. Al fin, un día nos animamos a hacer el viaje.

## ¡VÁMONOS A ESTADOS UNIDOS!

Decidí cruzar la frontera cuando tenía seis meses de embarazo, mi familia me apoyó y me ayudaron a preparar el viaje, el cual tenía que ser en esa misma semana, ya que mi bebé nacería pronto. Todo estaba decidido, Rosa, mi hermana mayor, iría conmigo. Ella se había comunicado con una prima que teníamos en Los Ángeles, California, para pedirle el favor de que llegáramos con ella. Mi prima Oliva inmediatamente nos brindó su ayuda y no lo pensamos más; ya teníamos algo ahorrado para poder pagar el **coyote** (la persona que nos iba ayudar a cruzar la frontera) y para otros gastos. Todo estaba listo. Por fin íbamos a conocer Estados Unidos.

El plan era irnos después de la fiesta en honor de la Virgen de Santa Isabel. El día del viaje llegó; con la bendición de Dios y de mis familiares, salimos a la Ciudad de México en el mes de julio de 1989. Yo tenía mucha ilusión de conocer el norte.

Para poder ahorrar un poco de dinero, nos fuimos en camión a la Ciudad de México y de ahí teníamos que tomar otro autobús rumbo a Tijuana.

Cuando llegamos a la terminal, al ir a comprar los boletos para la ciudad de Tijuana, nos dijeron que ya no había asientos. Teníamos dos

opciones: viajar de pie, si queríamos irnos en ese momento, o esperar el próximo autobús, que salía al día siguiente. El viaje iba a estar pesado, pero no podíamos esperar; Benito ya había hablado con el **coyote** y habían acordado que él nos vería en Tijuana para cruzar la frontera el sábado, así que no había otra opción más que viajar paradas.

El viaje duró veintiocho horas; cuando nos cansábamos, nos sentábamos en el pasillo del camión. El chofer paraba cada tres o cuatro horas para descansar; a nosotras eso nos servía para bajar a comer algo o ir al baño. Afortunadamente, tuvimos la precaución de llevarnos muchas tortillas y queso, así que ahorramos en la comida. Al llegar la noche, el chofer, cuando vio que yo estaba embarazada, se compadeció y me dejó libres unos asientos que venían ocupados con sus pertenencias, en la parte trasera del autobús. Por fin pude dormir. Bendito señor, siempre le estaré agradecida.

Durante el transcurso del viaje, observé a los pasajeros, que eran de diferentes estados del sur; en sus caras se notaba la esperanza, les brillaban los ojos. Me he preguntado si ellos me veían de la misma forma.

Escuché toda clase de historias y pude darme cuenta de que la mayoría de los pasajeros iban a cruzar la frontera sin documentos. Había algunos que, al igual que nosotras, ya tenían una persona (un **coyote**) que los iba a ayudar a cruzar la línea,

otros lo dejarían a la suerte, con quien quisiera llevarlos o, en el peor de los casos, intentarían pasar por ellos mismos.

Al llegar a Tijuana, teníamos que hacer una llamada por teléfono, para avisarle al **coyote** que ya habíamos llegado. Sólo había una caseta telefónica, que estaba adentro de la terminal de autobuses; había dos personas atendiendo y la fila para pedir la llamada era enorme. Estuvimos formadas unas dos horas para poder llamar; mientras estábamos esperando llegaron muchos **coyotes**, mujeres y hombres, ofreciendo sus servicios para cruzar. Algunos conseguían clientes y los que no, insistían hasta el cansancio.

Mi hermana y yo estábamos temerosas, era la primera vez que viajábamos y que estábamos tan lejos de Oaxaca. Finalmente, llegó nuestro turno para hacer la llamada y así ponernos de acuerdo con la persona que nos iba a cruzar, pero tuvimos mala suerte, pues nunca nos contestaron; tendríamos que pasar la noche ahí. Habíamos oído que Tijuana era una ciudad muy peligrosa, no sabíamos qué hacer ni a dónde ir; como ya era muy tarde, decidimos dormir en la estación de autobuses. Conseguimos unos periódicos y tratamos de dormir, aunque era muy difícil; teníamos miedo de que nos quisieran robar lo poco que llevábamos o que pasara algo con otras personas que también decidieron quedarse en la terminal; afortunadamente, todo estuvo tranquilo.

Al otro día, muy temprano, pudimos hablar con el *coyote*, quien nos dio instrucciones de lo que debíamos hacer. Lo primero era buscar un lugar para desayunar, después ir a un hotel que él nos recomendó, pues ahí siempre se hospedaban sus clientes; ese mismo día pasaría por nosotras a las cinco de la tarde. Nos dijo que tratáramos de dormir bien porque la noche sería larga.

A la hora acordada pasaron dos muchachos por nosotras, la impresión que me dieron fue de confianza.

Me sentí menos preocupada porque Benito ya les había explicado que yo estaba embarazada y ellos le prometieron que no me arriesgarían en ninguna circunstancia, que, si veían peligro, sería mejor no pasar esa noche. Así pues, tenían dos planes: uno era pasar por la línea caminando, y otro cruzar por el cerro.

Tomamos un autobús que nos llevó a la frontera, esperando que, en algún momento, cualquier agente de Migración tomara su descanso y alguna de las líneas de revisión quedara vacía, momento que aprovecharíamos para escabullirnos entre la gente que iba pasando; esperamos por horas y no fue posible hacerlo, así que el **coyote** dio la instrucción de que nos fuéramos caminando, hasta que llegáramos al cerro más cercano, que es donde se concentra toda la gente que espera para poder cruzar.

Mientras más entrada estaba la noche, llegaba más gente, hombres, mujeres y niños; todos con

las respectivas personas que los ayudarían a pasar. Estuvimos esperando indicaciones, éramos unas veinte personas. Se sentía un ambiente tenso, cargado de ansiedad, mientras los coyotes nerviosos bajaban y subían el cerro, investigando a qué hora podríamos pasar.

El helicóptero no dejaba de pasar, dando vueltas y vueltas, era imposible esconderse; de repente se oían sollozos de una persona que estaba gritando; otra estaba desmayada. Inmediatamente sus familiares se la llevaron cargando, no supimos qué fue de ella; no se veía muy bien, pues ya era de noche. Tampoco teníamos lámparas de mano, estábamos escondidas entre las hierbas y los *coyotes* trataban de tranquilizarnos.

Había dos o tres personas que pasaban vendiendo galletas y café; ellos eran los que les avisaban a los *coyotes* si habían visto las camionetas de los agentes de Migración. Teníamos dos horas de estar esperando alguna indicación, cuando uno de los vendedores le dijo al *coyote* que la carretera estaba limpia y ésa era una señal para bajar del cerro. Yo estaba muy nerviosa, aunque mi embarazo se notaba poco, era difícil para mí bajar en esas condiciones, ya que todo tenía que ser muy rápido.

Veníamos vestidas con ropa y tenis negros, como se nos indicó; esto era una manera de ayudarnos para que, en la noche, los agentes de Migración no nos descubrieran tan fácilmente. A pesar

de que uno de los muchachos me llevaba del brazo, al bajar había muchas piedras y eso hacía que nos resbaláramos muy seguido. Así llegamos hasta la parte de abajo; desafortunadamente, los agentes de Migración ya estaban cuidando de nuevo, ahora teníamos que esperar que se retiraran por un momento, para cruzar la carretera y tomar el camino siguiente.

Nos dieron las tres de la mañana, nuestros guías se veían desanimados; nos informaron que no íbamos a lograr pasar, pues ya iba a amanecer y, con la luz del día, sería muy difícil.

Estábamos haciendo planes para el día siguiente, cuando unas personas comenzaron a gritar que corriéramos porque venía la *migra* (agentes de Migración). Tratamos de regresar a la punta del cerro, pero yo ya no pude subir corriendo, estaba muy cansada.

El muchacho que me estaba ayudando era residente de Estados Unidos y se tenía que ir para que no lo atraparan los agentes, si no, iba a tener problemas con sus documentos. Él me dijo que no me preocupara, que me quedara ahí con mi hermana y que después nos iba a llamar. De un momento a otro, desapareció entre la hierba.

Se escuchaban gritos de gente corriendo. De repente, vimos las luces de la lámpara de mano de un agente de Migración, nos gritaba que nos detuviéramos; el helicóptero nos alumbraba y no dejaba

de dar vueltas muy cerca de donde estábamos. En ese momento una señora se cayó junto a nosotras, se enredó en la hierba y se torció el pie, ya no se pudo parar; la *migra* nos había alcanzado, era imposible correr y esconderse.

La luz de los agentes de Migración se veía más cerca. Se oyó una voz que nos decía: “Deténganse, soy la migra”. Nos registraron, nos hicieron quitarnos los zapatos y nos decomisaron el poco dinero mexicano que llevábamos mi hermana y yo; también nos quitaron los papeles con números de teléfonos y direcciones.

Los agentes nos hicieron abordar una camioneta que ya traía personas; al subir nosotras, se llenó. Yo recuerdo que el viaje fue de unos quince minutos.

Después llegamos a nuestro destino; estábamos en San Ysidro, no entendíamos nada, no sabíamos qué sería de nosotras. Poco después nos encerraron en un cuarto donde ya había algunas mujeres, ahí cabíamos aproximadamente cuarenta personas sentadas.

En una esquina había un baño con lavabo, sin puerta, y aunque sólo éramos mujeres y niños, era muy vergonzoso utilizarlos. Yo me encontraba preocupada, pero físicamente me sentía bien, en comparación con otras mujeres que se veían sucias y lastimadas; algunas tenían las rodillas raspadas, lo que indicaba que ya llevaban varios días intentando pa-

sar, sin lograrlo. También vi con dolor a una persona sangrando, hasta se le veía el hueso de la rodilla.

La luz estaba prendida todo el tiempo, lo cual nos impedía descansar; a la vez, eso me dio tiempo para pensar qué sería de mí y de mi bebé, si no conseguía pasar la próxima vez.

No podía quedarme en Tijuana, yo tenía que pasar a como diera lugar; los oficiales de Migración daban vueltas cada media hora a checarlos y en tono burlón nos decían: “A ver si así entienden”. Entre nosotras había varias mujeres que se dedicaban a pasar gente (también se les llama **coyotes**) y ya habían estado en esta situación con anterioridad; ellas trataban de calmarnos y nos decían que como a las seis o siete de la mañana nos sacarían de ahí, que no les dijéramos malas palabras porque todos ellos hablaban español.

La gente se empezaba a poner impaciente, pues no nos decían nada. Varias mujeres se desesperaban y a gritos pedían que nos sacaran. Los niños lloraban, todos estábamos hambrientos y con mucha sed.

Cuando algún oficial se acercaba y le pedíamos agua, nos señalaba el lavabo y decían que tomáramos de ahí, que al cabo había mucha; otros nos callaban y amenazaban diciendo que si seguíamos haciendo ruido nos íbamos a pasar un buen tiempo en ese cuarto. Ante tal situación, algunas gritaban que no aguantaban el hambre,

pues ya tenían más horas encerradas que nosotras, otras gritaban que intentarían pasar hasta lograr cruzar la frontera.

Dieron las siete de la mañana y seguíamos en las mismas; una hora después, regresó un agente de Migración a checarlos; empezaron a gritarle que nos sacara de ahí y que ya teníamos mucha hambre, él finalmente se compadeció y regresó con unos gansitos y galletas, que empezó a botar entre las rejas, como alguien que alimenta a los perros, pero no fueron suficientes y entre ellas empezaron a pelear. Ni mi hermana ni yo tuvimos la suerte de agarrar algo, pero una muchacha, al ver mi estado, me dio su galleta, diciéndome que yo la necesitaba más que ella.

Finalmente, a las diez de la mañana, nos dejaron salir, nos regresaron nuestro dinero y nuestras pertenencias, no sin antes decirnos que ya no pensáramos volver a intentar cruzar la frontera ilegalmente, y que teníamos que arreglar nuestra visa. Nos hicieron abordar un autobús que nos llevó a la entrada de Tijuana; desesperadas por comer algo, nos metimos al primer lugar que encontramos y pedimos un plato de caldo de pollo; ya con el estómago lleno, pudimos pensar con más claridad, así que regresamos al hotel, tomamos un merecido baño y nos quedamos dormidas.

Parecía que apenas habíamos cerrado los ojos cuando los muchachos que nos estaban

ayudando (los *coyotes*) llamaron a la recepción, avisando que pasarían por nosotras en una hora; eran las siete de la noche y ya estábamos listas para volver a intentarlo. Esta vez me encontraba más nerviosa, ya no sabía ni a qué santo rezarle para que tuviéramos éxito.

Tomamos un camión que nos dejaría cerca de la frontera, a los quince minutos nos bajamos; íbamos caminando, cuando apareció Adrián, un muchacho alto, delgado, más o menos de 20 años, y empezó a platicar con nosotras, muy preocupado nos preguntó si podía acompañarnos, pues no había podido comunicarse con su familiar para que le mandaran a la persona que lo ayudaría a cruzar la frontera, y los *coyotes* que le habían ofrecido sus servicios le pedían el pago por adelantado. Los *coyotes* que iban con nosotras aceptaron ayudarlo.

Así seguimos caminando despacio, hasta llegar al cerro; lo subimos hasta la punta, igual que la noche anterior, y de nuevo estuvimos sentadas casi una hora, oyendo historias de otras personas que ya habían cruzado antes, mientras que el helicóptero no dejaba de dar vueltas y vueltas. Sólo nos llegaba el aroma a café y galletas de los vendedores ambulantes, quienes alumbraban con sus lámparas y avisaban si se acercaba la *migra*.

Alrededor de las diez de la noche, bajamos del cerro. Esta vez nuestros guías se veían más animados. Uno de ellos se adelantó y, de repente, nos gritó que caminaríamos rápido, había llegado el momento.

Bajamos rápido el cerro y, a pesar de que el **coyote** siempre me llevaba del brazo, era difícil para mí igualar la velocidad que llevaban ellos, pues el sitio estaba lleno de piedras pequeñas y nos podíamos caer.

Al ir más deprisa, me resbalé y me caí, el muchacho se preocupó porque me raspé el brazo, pero yo le seguí, sólo tenía en mi mente que esta vez teníamos que cruzar. En ese momento otra persona gritó que los agentes de Migración no estaban vigilando y que era nuestra oportunidad. Empezamos a caminar más rápido, hasta llegar a la carretera. Cruzamos la calle corriendo; efectivamente, no había ningún agente de Migración, ¡qué suerte!

Continuamos caminando, al poco rato encontramos un alambrado que había que saltar y yo creo que la desesperación y los nervios me ayudaron, porque lo hice sin pensar en mi estado.

Más adelante había una barda, más o menos de dos metros, había que saltar otra vez, ya no me quise arriesgar y los muchachos me tuvieron que cargar. De ahí caminamos a paso veloz, más de una hora, entre un camino lleno de árboles, hasta que por fin llegamos a un lugar cerca de un estacionamiento. Ahí estaba el carro que nos llevaría a la ciudad de Santa Ana. Había otro alambrado que tenían que levantar para que nosotras pudiéramos pasar por debajo, gracias a

un árbol muy grande que tapaba la luz, lo hicimos sin prisa; así, uno por uno, nos íbamos acercando al carro donde ya nos esperaba la persona que iba a manejar para llevarnos a nuestro destino.

Estábamos contentas, pues ya íbamos seguras dentro del carro, pero los muchachos nos explicaban que todavía existía peligro, en la segunda revisión en San Clemente. Otra vez sentimos los nervios y la preocupación, no queríamos ni pensar en que todo lo que habíamos logrado fuera en vano, empezamos a rezar. Esta vez tuvimos suerte, estaban las luces del semáforo en verde y pasamos sin ningún problema. Lo habíamos logrado.

Los *coyotes* empezaron a hacer bromas, ya estaban contentos y relajados, la tensión se había acabado y nos invitaron a cenar. Adrián estaba tan feliz que hasta nos abrazaba, como si fuéramos de su familia. Después de la cena nos fuimos a Santa Ana a buscar a Benito, mi esposo, y luego fueron a entregar a Adrián, pues los muchachos tenían que cobrar por su trabajo. Por suerte, los familiares de Adrián se comunicaron inmediatamente, estaban felices de verlo, y que hacia diez años que lo habían dejado en su pueblo.

Benito rentaba un departamento con su hermano y otros muchachos; nos había platicado que así vivían aquí, tenían que compartir muchas personas un departamento; algunos dormían en

la cocina, otros en el pasillo del baño, y esto les permitía ahorrar, aunque fuera un poco. Por esa razón, solo iríamos a verlo un rato; mi hermana Rosa y yo nos iríamos al departamento donde vivía mi prima, en la ciudad de Los Ángeles.

Estuvimos más o menos una hora en Santa Ana y los muchachos nos fueron a dejar a Los Ángeles, estábamos cansadas, pero a la vez emocionadas de haber logrado cruzar la frontera; físicamente nos sentíamos muy bien. En el camino nos iban platicando sus experiencias con las personas que habían ayudado anteriormente; en algunas ocasiones habían logrado cruzar el mismo día, otras se habían tardado hasta un mes, pero no se rendían; en cambio, había quienes, al segundo intento, desistieron y prefirieron regresar al pueblo. Siempre voy a admirar la inteligencia de estas personas y el trabajo tan riesgoso y estresante que hacían, me imagino la satisfacción que sentían al lograr la reunificación familiar, al mirar la cara de felicidad y admiración de las personas cuando llegaban a este país; además de ayudar a las personas a emigrar, les daban oportunidad de pagar cuando ya estuvieran trabajando.

## LLEGAMOS A LOS ÁNGELES

Ya estábamos en Estados Unidos. Yo me sentía contenta y daba gracias a Dios por haber llegado con bien. Estábamos rendidas. Mi prima nos recibió con los brazos abiertos, rentaba un departamento muy bonito, con una sala, cocina y baño. Ahí vivían tres personas y a veces llegaban dos más, o sea que, con nosotras dos, seríamos siete en total. Al principio pensamos que a nosotras nos tocaría dormir en la cocina, pero mi prima nos dijo que era costumbre que las que llegaban ocupaban la cama.

Pero todos esos detalles no importaban, ya habíamos logrado nuestro objetivo. Al día siguiente mi prima nos preparó el almuerzo; al acercarme a la mesa, vi un moscón paseándose del otro lado de la ventana; para mí fue una sorpresa, no imaginaba que hubiera moscas o ratones en Estados Unidos, imaginaba un lugar muy limpio, sin gente viviendo en la calle y pensaba que era difícil encontrar condimentos o verduras mexicanas; no pensaba que se pudiera encontrar ningún tipo de chiles frescos, pero eso fue lo primero que almorzamos.

Más tarde, mi prima nos llevó a una clínica cerca de la casa, para mí era muy importante saber que mi bebé estaba bien. Cuando regresamos al de-

partamento, se oía muy cerca un helicóptero que no dejaba de dar vueltas y vueltas; esto me hacía recordar las noches que estuvimos en el cerro, y me daba miedo, pensaba que la migra podía estar cerca.

Un poco después llegó una muchacha del pueblo de Santa Cruz a visitar a mi prima y a platicar con nosotras, nos preguntó si queríamos trabajar inmediatamente o si queríamos descansar unos días, yo le contesté que quería ponerme a trabajar lo más pronto que se pudiera, porque todavía no se notaba mucho mi embarazo; en cambio, si pasaba más tiempo, sería más difícil que me dieran trabajo; ella dijo que un día antes, un señor que conocía le había encargado que consiguiera una persona para que cuidara a sus cuatro niños. Cualquiera en mis circunstancias se hubiera desanimado, pero era tanta mi necesidad que le pedí que me ayudara para concretar una entrevista.

## MIS PRIMEROS TRABAJOS

Esa misma tarde conocí a los que serían mis patrones, quienes por cierto, no le dieron importancia a mi estado, ya que les urgía que les ayudara con los niños.

Vivían cerca de donde yo estaba, así que nos fuimos caminando. Era una casa en la que vivía el matrimonio y sus cuatro niños: Karen, de ocho años; Joana, de cinco; Charlie, de tres, y Fátima, de cuatro meses.

La señora era estadounidense y su esposo llegó de Guatemala muy pequeño; ella era maestra y él era mecánico; tenían un taller junto a su casa, me explicaron todo el trabajo que tenía que hacer: cocinar, lavar, limpiar, bañar a los niños y la limpieza en general.

Mi hermana, al oír todo esto, me hacía señas para que no aceptara el trabajo; después de platicar un rato me ofrecieron 110 dólares a la semana; yo ignoraba cuánto ganaba una persona por hacer ese trabajo y, como no hubo tiempo de hablar de los sueldos, no tenía punto de comparación.

No sabía qué hacer, pues veía la cara de mi hermana que me decía con gestos que no; me imagino que pensaba que era mucho trabajo para la si-

tuación en la que yo me encontraba, así que, con ese pretexto, les dije que era muy poco, que me dieran 20 dólares más; para mi sorpresa ellos aceptaron inmediatamente.

Me iba a quedar encerrada, salir los domingos después de mediodía y entrar los martes en la mañana. Yo les expliqué que no podía, porque mi esposo llegaba de Santa Ana los fines de semana, ya que él no vivía aquí en Los Ángeles; ellos entendieron y dijeron que estaba bien, fue así que estuvieron de acuerdo en que yo saliera los sábados y regresara los lunes temprano.

Ya tenía trabajo. Estaba muy contenta, tuve suerte, pues mi prima platicaba que había unas muchachas conocidas del pueblo de Santa Cruz que estaban buscando trabajo y no encontraban, y me decía que lo que me iban a pagar estaba muy bien. Al otro día empecé a trabajar; me sentía muy feliz y, aunque eran muchas las obligaciones, ya tenía algo seguro.

Me levantaba a las seis de la mañana, porque el pequeño de tres años me pedía de comer; a esa hora aprovechaba y les hacía de desayunar a los demás, preparaba el almuerzo, limpiaba, bañaba a los niños, después comenzaba a preparar la comida, lavaba trastes y un sinfín de tareas más. También en las tardes jugaba con los mayores, pues estaban de vacaciones. La señora trabajaba todo el día, hasta las 11 de la noche; su trabajo estaba a dos cuerdas de

la casa. Llegaba a platicar, cenar o ver películas en la sala, así que yo me tenía que esperar hasta que los señores se fueran a dormir para poder descansar, ya que yo dormía en otra sala pequeña que estaba al lado; por lo regular, no se iban a su recámara sino hasta después de la medianoche. Llegó el día de mi descanso, bendito sábado. Con mi primer sueldo me compré unos zapatos, pues los únicos tenis que había traído estaban que daban lástima; después fuimos a comprar algo de comida para la semana.

Caminando de regreso, mi esposo Benito y mi hermana Rosa me dieron la noticia de que mi prima y sus familiares (con los que llegamos a vivir) pensaban cambiarse de departamento y un día antes ya habían encontrado algo, pero el encargado les dijo que sólo aceptaban tres personas; ahora entiendo que tenían razón. Si nos incluían a nosotras no les darían el departamento.

Me preocupó mucho la situación, porque Rosa sólo había trabajado tres días durante la semana y Benito ya pronto también se quedaría sin trabajo, porque ya se estaba terminando la cosecha de fresa, así que empezaría a buscar algo en Los Ángeles.

Mi prima y sus familiares nos platicaron que había un problema con el dueño del edificio y había una demanda, un abogado los estaba ayudando y les pedía 200 dólares más para poder quedarse otro mes en el departamento. Sin embargo, ellos

pensaron que era mejor irse a otro lugar y ya era decisión de nosotras si le pagábamos los 200 dólares para seguir ocupando el lugar, mientras encontrábamos otro sitio para rentar.

Cuando llegamos al departamento, estaban todos empacando sus cosas, ya que al día siguiente se irían. Nosotras ignorábamos la magnitud del problema, sólo sabíamos que la situación se venía muy difícil.

Inmediatamente, decidimos contactar al abogado que estaba llevando el caso del departamento; él nos pidió el pago de los 200 dólares, para que resolviera el que pudiéramos quedarnos más tiempo, pero no sabía exactamente cuándo tendríamos que desocupar el lugar.

Me fui a trabajar, mi hermana por fin encontró trabajo y mi esposo se fue a cosechar fresa; estos iban a ser sus últimos días en la ciudad de Santa Ana.

Teníamos dos semanas de haber llegado; por cosas del destino, conocimos a una chica que era familiar de mi prima Oliva, una muchacha de nombre Graciela, quien nos platicó que se iba de vacaciones a México y que estaba buscando alguien que la cubriera en su trabajo por tres semanas.

Se trataba de cuidar a dos niños y a una nena de seis meses, los niños iban a la escuela y ella me platicaba que el trabajo era más ligero del que yo estaba realizando, así que me sugirió que lo pensara, porque en una semana se iba y yo tendría que

empezar en el nuevo trabajo. Estaba feliz, el problema era si me iban a aceptar estando embarazada, así que ella me prometió hablar con los señores.

Una vez más tuve suerte, pues los señores dijeron que eso no era ningún problema; tuve que dejar mi primer trabajo y agradecer la oportunidad que me habían dado.

Así empecé a trabajar en otra casa, en la ciudad de San Gabriel; ahí vivían mis nuevos patrones, la señora Tere y don Andy, quienes hablaban español; a ella le costaba trabajo el idioma, pero don Andy le ayudaba.

La diferencia del trabajo era enorme, comparado con mi empleo anterior. Todos se iban a dormir a las nueve de la noche; durante el día, los señores se iban a trabajar a las ocho y media de la mañana, los niños Andy y Lizy se iban a la escuela y solamente se quedaba la pequeña Amanda.

La señora trabajaba en un hospital y su esposo era administrador de varios edificios de su mamá; a eso de las cinco de la tarde ellos regresaban a la casa. Casi a diario, la mamá de la señora Tere (quien también se llamaba Tere), iba a la casa a visitarla, ella siempre estaba alegre y me hablaba con mucho cariño. Todos los días me preguntaba si me sentía bien o si necesitaba algo.

El tiempo pasaba rápidamente. Un día Chela les habló por teléfono a mis patronas para preguntarles cómo iba todo y si podría quedarse otra se-

mana en Oaxaca. Ellos le dijeron que estaban muy contentos conmigo y que le daban permiso de quedarse el tiempo que quisiera. Una semana después, ella regresó.

Era sábado, mi último día de trabajo en esa casa, todos se despidieron de mí; ahí conocí a personas muy buenas, amigos y familiares de los señores.

El señor Andy me dijo que estaba preocupado, pues yo no sabía todavía en qué hospital iba a nacer mi hijo; me pidió que por favor siguiera en contacto con ellos y que les avisara en cuanto naciera mi bebé. Para lo que menos había tenido tiempo era para buscar algún hospital; realmente yo no sabía en qué condiciones venía mi bebé, ya que, por cuestiones de trabajo no había ido al médico; cuando pude hacerlo, me dijeron que ya no me podían hacer un ultrasonido porque ya casi cumplían los nueve meses pero, aparentemente, todo estaba muy bien.

Días antes le había platicado a don Andy del problema que había con el departamento en donde vivíamos, y de lo que nos había dicho el abogado, que en cualquier momento tendríamos que desocupar; me dijo que no me preocupara porque nosotros no éramos los que habíamos demandado, que en el futuro no íbamos a tener ningún problema, me solicitó que le fuera avisando de cualquier noticia que me llegara sobre el asunto, pues él sabía mucho del tema por los edificios que manejaba. Lo

que también nos aclaró es que, desafortunadamente, cuando llegara el último aviso, no habría otra opción más que salirnos del departamento.

En el pasillo del edificio donde vivíamos conocí a doña Nely, quien también estaba embarazada y tenía ya dos hijas. Al verme igual que ella, empezó a platicar conmigo, contándome que en una semana se cambiaría a un departamento más grande, muy cerca del edificio. Ella ya tenía diez años en Estados Unidos, era de El Salvador; quería saber en qué clínica me estaban atendiendo y si ya había solicitado el Medical (un seguro médico que le dan a las personas de bajos recursos); le platicué que apenas había llegado al país y que no sabía cómo funcionaba ese seguro. Al otro día, muy amablemente, me llevó a la oficina para pedirlo, pues ella también lo necesitaba.

Llegamos a las diez de la mañana a la oficina donde nos ayudarían, había mucha gente haciendo fila, personas de diferentes nacionalidades, chinos, africanos, estadounidenses. La fila de espera era de una cuadra; le ayudé a doña Nely con una niña, pues ella apenas podía con la otra. Recuerdo que pasó un joven estadounidense que hablaba español y llevaba una bolsa de tacos, se me quedó viendo y me preguntó si los quería, yo le dije que no y le di las gracias, pero él insistió, diciendo que por favor los tomara, que apenas los había comprado en el restaurante de comida rápida que estaba enfrente;

los acepté muy agradecida y el muchacho se fue. Inmediatamente, abrimos la bolsa, pues teníamos mucha hambre; empezamos a comer los tacos, que fueron de gran ayuda, pues parecía que íbamos a tardar mucho en ese lugar.

Después de dos horas de espera, por fin escuché mi nombre y pasé a una oficina pequeña, la trabajadora social me hizo varias preguntas y sólo me pidió mi acta de nacimiento, documento que, por suerte, sí llevaba conmigo. Ella me explicó que iba a revisar mi caso y, si yo calificaba para que me dieran ayuda y me pudieran atender en algún hospital, me iba a llegar una tarjeta con mis datos, aproximadamente en un mes.

También me hizo firmar varios papeles, de los cuales me fue dando copias. Saliendo de ahí me fui al departamento a esperar a Benito, quien iba a llegar más temprano, porque ya se había terminado el trabajo en Santa Ana y tendría que empezar a buscar algo en Los Ángeles.

Mi hermana estaba trabajando encerrada y saldría hasta el siguiente fin de semana; yo por primera vez, me quedaría sola con mis pensamientos, en un lugar donde tendría que hacer amistades para salir adelante, pues no contaba con ningún familiar cercano en Estados Unidos. Más tarde, doña Nely pasó por mí y me llevó a una clínica donde pregunté si me podían atender, me contestaron que hasta que me llegara la tarjeta del Medical; sin

embargo, me pidieron que fuera al otro día a una clase, con una doctora que me podría ayudar.

Al siguiente día, me fui sola a la cita, pues Benito se fue a buscar trabajo. Estaba preocupada porque ya iba a cumplir los nueve meses y todavía no sabía a qué clínica acudir; cerca de la casa estaban dos hospitales, fui a pedir información y me dijeron que necesitaban la tarjeta de Medical o de alguna aseguranza; tenía esperanzas de que en esa clase, con la doctora, se solucionaría mi problema.

Empezó la clase; la doctora me preguntó en dónde iba a nacer mi bebé, yo le contesté que no sabía y que había asistido a esa clase precisamente para que me ayudara. Al terminar, se acercó a platicar conmigo y prometió que me iba a conseguir un lugar en el hospital; me pidió que regresara dos días después.

Saliendo de ahí me fui caminando despacio a la casa, quería hacer tiempo, pues no me gustaba estar sola en el departamento. Caminé hora y media, entraba a las tiendas solamente a ver y distraer mi mente.

Cuando llegué, eran las ocho de la noche; media hora después llegó Benito, le platicué todo, cenamos y nos fuimos a descansar. De pronto me empecé a sentir mal y ya no pude dormir, había caminado tanto que ya sentía contracciones. Me aguanté hasta que amaneció. Benito estaba preocupado y me preparó un té para que me sintiera mejor, pero pasaba el tiempo y yo seguía igual.

A las seis de la mañana del siguiente día, me arreglé y salí con Benito a buscar ayuda; nos acordamos de un muchacho del pueblo de Santa Cruz que vivía en el edificio y tenía un carro; lo buscamos para ver si nos podía llevar a un hospital, pero él dijo que ya había vendido su carro y que lo sentía mucho. No sabíamos a dónde ir ni qué hacer, pues ya vivíamos solos y apenas estábamos conociendo la ciudad de Los Ángeles. Me acordé de doña Nely y le hablé por teléfono; lo primero era ir a su casa, vivía a una cuadra; ella me dijo que le iba a pedir el favor a su cuñado para que nos llevara al hospital.

Esta persona llegó pronto, pero dijo que no podía llevarme al hospital porque era su primer día de trabajo y no quería llegar tarde. Doña Nely me dijo que me sentara en el sofá y que no me preocupara, tomó el teléfono y llamó a la ambulancia, la cual llegó inmediatamente; bajaron los paramédicos, me checaron y me subieron a la ambulancia; yo estaba preocupada porque nos habían dicho que un parto era muy caro (todavía no tenía ningún seguro médico); quería que me llevaran al Hospital General porque decían que ahí era más barato, pero no podía decir nada. A doña Nely le explicaron a dónde me llevarían y ella nos traducía, ya que los paramédicos no hablaban nada de español.

La ambulancia se detuvo a los cinco minutos, me bajaron y así, en la camilla, me llevaron a una ventanilla para que diera mi información.

Para mi suerte, había alguien que hablaba español y me preguntó cómo iba a pagar, yo le expliqué que ya había solicitado la tarjeta del Medical y que me llegaría en una semana, mostré los papeles que me habían dado en la oficina, la recepcionista dijo que estaba bien y que podía pasar. Ahí me di cuenta de que me habían llevado al Hospital Kaiser (muy cerca de la casa), doña Nely me había dicho que era un hospital muy caro y que sólo atendían personas con aseguranza, pero yo no podía decir nada, así que me pasaron a revisión.

Ahí estaban dos médicos y dos enfermeras, parecía que todo iba bien, yo no les entendía nada, pero por sus caras me imaginaba lo que decían; de algo sí estaba segura, el bebé nacería ese mismo día.

Pasé varias horas en ese cuarto y después me cambiaron a otro, donde me esperaban la doctora y dos enfermeras; pasaban las horas y todo seguía igual. Con señas trataban de darme instrucciones, pues no me entendían y yo a ellas menos. Sólo le pedía a Dios que me tuvieran paciencia; no sé si era mi imaginación, pero notaba que ellas, la doctora y las enfermeras, también estaban emocionadas. El servicio fue excelente y, gracias a Dios, todo salió bien.

Finalmente, a las seis de la tarde, nació mi hijo. Qué alegría tan grande cuando la doctora me dijo que era un niño; inmediatamente, llamaron a Benito, él ya estaba ahí y lo pasaron para que conociera al bebé.

Mi hijo fue lo más hermoso que la vida me podía regalar; Benito no dejaba de besarlo, pues estaba muy emocionado por su primer hijo. Al otro día llegó mi hermana, Benito le había avisado que estaba en el hospital; mi hermana también estaba feliz con la llegada de su sobrino.

Más tarde, doña Tere y don Andy llegaron a visitarme con globos y regalos, estaban muy felices, como si mi hijo fuera de su familia. Estaban tan contentos que nos propusieron ser ellos los padrinos del bebé cuando lo bautizáramos.

Un par de días después, regresamos al departamento y nos encontramos con un aviso de que teníamos que desalojarlo en dos días. Benito habló con el abogado y él le dijo que ya no podía hacer nada, pues el plazo ya se había cumplido y tendríamos que salirnos de ahí.

Al día siguiente, tocaron la puerta, era un hombre estadounidense; nos imaginamos que era el dueño del edificio, venía con dos muchachos que trabajaban con él, pasaron y revisaron el departamento; se notaba muy molesto porque se la pasó diciendo muchas cosas y, como no entendíamos inglés, uno de sus trabajadores nos ayudó y nos explicó que el gringo estaba enojado porque había perdido mucho dinero por el problema de la demanda; nos dijo que teníamos que salirnos ese día o el dueño iba a llamar a la policía para que nos echaran. Le pedí al trabajador que hablara con el dueño

para que nos diera unos días más, pues yo acababa de salir del hospital y estábamos recién llegados a este país y no sabíamos nada de la demanda. Al ver nuestra situación, el dueño nos dijo que nos podíamos quedar dos semanas más, pero a los cinco días nos cortaron la luz y el gas.

El poco dinero que teníamos se estaba acabando y, al no tener un refrigerador trabajando, nos veíamos obligados a tener que salir a comer. Mi esposo estaba muy preocupado, todavía no encontraba un trabajo fijo. Él iba a las esquinas a trabajar como jornalero.

A veces tenía suerte y otras no, pues había muchos hombres, al igual que él, que iban a pararse en la tienda Home Depot, donde venden material para construcción, esperando a que pasara alguna camioneta para ofrecerles trabajo; cuando un carro se paraba, todos se amontonaban con la esperanza de que los escogieran; era más probable que se llevaran a alguien que sabía hacer trabajos de construcción o jardinería; además había personas que se llevaban a trabajadores que se veían altos y fuertes, pensando que harían mejor labor.

La situación se ponía difícil, teníamos que encontrar inmediatamente un lugar para mudarnos.

De pronto me acordé de los señores con los que había trabajado, doña Tere y don Andy; sin perder tiempo, los llamé por teléfono para pedirles que

nos rentaran alguno de sus departamentos; les platicué del problema que teníamos y me dijeron que no nos preocupáramos, que ya estaban terminando de limpiar uno de los departamentos que tenían vacíos y que nos podíamos cambiar en cuanto terminaran de poner la alfombra. Por lo menos, ya estaba resuelto el problema.

Dos días después, don Andy fue por nosotros para enseñarnos el lugar, era en la calle Coronado, muy cerca de donde estábamos viviendo; al día siguiente, él mismo nos ayudó a cambiarnos; no teníamos muchas cosas, pues los muebles eran del departamento que dejamos, sólo llevábamos un poco de ropa y una cuna que doña Nely le había regalado a mi hijo. Llegamos al departamento donde nada más había una estufa y un refrigerador, teníamos una televisión pequeña que pude comprar cuando trabajaba.

Transcurrió un mes y apenas y nos alcanzó para pagar la renta. Yo todavía no podía trabajar y Benito seguía *cachando* (como decían los paisanos, cuando iban a las esquinas de las tiendas donde venden material de construcción, a ver si conseguían trabajo). Al siguiente mes, no teníamos el dinero completo para pagar la renta. Cuando vino don Andy a cobrarnos, le platicamos nuestro problema y nos dio la oportunidad de pagar al mes siguiente.

Dada la situación, decidí que era el momento de buscar trabajo; el bebé ya tenía mes y medio.

El problema era quién lo iba a cuidar. En eso estaba pensando cuando nuevamente se presentó el dueño del departamento; el señor Andy se sentó un momento para platicar conmigo y me preguntó qué pensaba hacer; yo le contesté que ya estaba buscando un trabajo en el periódico (que, por cierto, ya había comprado), él me contestó que no me preocupara, que no diera a cuidar a mi bebé, pues todavía estaba muy pequeño.

Dos días después, nos vino a visitar de nuevo, pero ahora se veía muy contento, sonriente nos dijo que me había conseguido un trabajo y nos explicó que era en una guardería; se trataba de un trabajo muy bonito, cuidando niños, y lo mejor de todo es que podría tener a mi bebé conmigo. Yo estaba feliz, este señor había llegado a mi vida como un ángel, una estrella que me iluminaba cada vez que me encontraba en momentos difíciles.

Dos días después el señor Andy pasó por mí y me presentó con la dueña de la guardería; eran amigos desde años atrás, pues él le rentaba el lugar donde estaban los niños; eran diez pequeños, tres tenían cuatro meses y los demás tenían entre dos y cinco años. La dueña los cuidaba y una maestra le ayudaba, pero sólo iba cuatro horas y también llevaba a su nena de seis meses.

Mi primera semana sería de prueba. Lo difícil era el idioma, porque la dueña era una señora de origen africano, no entendía nada de español;

mientras que los niños eran estadounidenses, chinos y africanos.

Mi angelito (el señor Andy) me fue a dejar para traducirme todo lo que Peggy (la dueña de la guardería) necesitaba que yo hiciera; yo estaba muy nerviosa, pero él me decía que todo iba a salir bien y me dejó su número de teléfono para cualquier emergencia. Era mi oportunidad de mejorar; estaba feliz porque Dios me había enviado ese trabajo, así que tenía que poner todo mi empeño y paciencia; además, necesitaba quedarme; era lo mejor para que mi hijo conviviera con niños de otras nacionalidades y, al mismo tiempo, pudiera estar conmigo.

Con caídas y tropiezos, fueron pasando los días; a veces Peggy quería platicar conmigo, pero era imposible, lo único que yo podía decir era: “*Yes, no, yes, no*”. Si me pedía que le pasara algo de algún bebé, yo le daba diferentes cosas, hasta que le atinaba; de verdad valoro toda la paciencia que me tuvo.

Llegó el viernes, el señor Andy se presentó para platicar con Peggy y saber cómo nos había ido en la semana, y cómo iba todo; ella le dijo que estaba muy contenta con mi trabajo; aunque no platicábamos mucho, le gustaba la manera como yo atendía a los niños y que siempre que llegaba estaba todo limpio y ordenado.

También le dijo que lo único que no entendía era por qué todas las mañanas, cuando ella abría las ventanas y salía, siempre que regresa-

ba estaban cerradas, y luego las volvía a abrir y yo las volvía a cerrar. Le expliqué a don Andy que había un bebé que estaba resfriado; estábamos en invierno y, como la guardería estaba junto a un parque y al lado de la ventana había dos árboles, se sentía mucho frío. Cuando los niños llegaban en la mañana, lo primero que Peggy hacía era quitarles la chamarra o el suéter, eso para mí no estaba bien, porque todos podrían resfriarse. Yo venía de un pueblo y tenía otra manera de cuidar a los niños. Don Andy no podía aguantarse la risa y se lo explicó, pero ella dijo que, por favor, quería siempre las ventanas abiertas, que ése era el único detalle que había, pues todo lo demás estaba funcionando muy bien; también mencionó que me iba a pagar 150 dólares semanales y que me esperaba la próxima semana.

Lo había logrado, ya tenía un trabajo donde iba a aprender muchas cosas nuevas, por ejemplo, la manera diferente que tienen en Estados Unidos de cuidar a los niños, lo que se cocinaba para los bebés y los niños más grandes, el horario para ver televisión, jugar, dormir y tomar su clase. Había un bebé de seis meses que tenía gripa, cuando llegaban sus padres le quitaban todo y lo dejaban con una playera ligera y luego metían sus biberones con leche al refrigerador; al bebé ya se le oía un sonido en el pecho y los moquitos no dejaban de escurrirle, por la gripa tan fuerte que tenía; Peggy sacaba la

leche del refrigerador y se la daba. Después le daba la medicina para la fiebre, con una botella de agua muy fría. Para los que somos de pueblo, eso es lo peor que se puede hacer, cuando un niño tiene temperatura; yo, a mi hijo lo llevaba muy abrigado y no le quitaba nada.

Fueron pasando los meses; aunque los padres de los niños eran de otros países nunca me discriminaron, al contrario, a diario me daban las gracias por el servicio.

Pasaba el tiempo y los niños ya empezaban a decir una que otra palabra en español, pues yo siempre les hablaba en mi idioma. Peggy no decía nada, aunque escuchaba. Recuerdo que un día llegó una estadounidense diciendo que su hijo le había dicho a su primo: “Mocos cochinos”, porque el bebé tenía gripa, y toda su familia se empezó a reír.

El tiempo fue mejorando, Benito había encontrado trabajo en el restaurante de hamburguesas Carl's Jr.; así por lo menos teníamos para cubrir los gastos de renta y comida. Ya empezábamos a mandarle dinero a mis tíos y a mi madre.

También comenzamos a hacer amistad con más personas del pueblo de Santa Cruz Papalutla, muchos de ellos ya tenían años viviendo en Los Ángeles, algunos habían logrado poner algún negocio; seguían llegando más paisanos, una parte de ellos se quedaban en Los Ángeles y otros se iban a Washington, Oregón o Fresno, a trabajar en

el campo, pues sólo venían a cosechar frutas de la temporada y se regresaban a disfrutar las fiestas del pueblo. Todos ellos se conocían; la mayoría eran de mi edad, muchos se habían casado en el pueblo y se vinieron a Estados Unidos, otros aquí se hicieron novios y se casaron. A los pocos meses que mi hijo nació, empezaron a nacer otros niños, así fui conociendo a más personas, porque nos invitaban a los bautizos, cumpleaños y a todas las fiestas que hacían; también empezamos a visitar más lugares; estábamos emocionados de ver la diversidad de culturas que hay en Los Ángeles.

Una de las primeras fiestas a las que me invitaron fue a una celebración que le hicieron al santo patrón de Santa Cruz Papalutla, organizada por la familia Bernardino Sánchez, yo estaba muy sorprendida de mis paisanos, porque dieron de comer un exquisito mole oaxaqueño, había banda de música y bailamos los jarabes y sones de mi tierra; así somos los oaxaqueños, no queremos perder las costumbres de nuestros pueblos.

Trabajamos muy duro, pues mi hermana había hecho la promesa de pagar las misas a la Virgen de Santa Isabel y la íbamos a ayudar. La fiesta se iba a realizar como es la costumbre del pueblo y teníamos que cumplir la promesa, pues mis tíos decían que la Virgen nos había ayudado a cruzar la frontera cuando nos venimos.

Después de cuatro años, Peggy había comprado una casa y pensaba mudarse lejos de aquí,

iba a ser más difícil trabajar con ella, ya que no iba a poder pasar por mí, como todas las mañanas; por suerte, en esos días aceptaron a mi hijo en una guardería pública, lo cual me daba la oportunidad de buscar otro trabajo y agradecer por el empleo tan bonito que había tenido.

Tenía que buscar otro lugar para trabajar, lo bueno era que mi hijo ya tenía un sitio seguro donde quedarse; la guardería quedaba muy cerca de la casa. Recuerdo el primer día que lo fui a dejar, fue muy difícil para los dos, él no se quería quedar y a gritos me pedía que no lo dejara, pues estaba muy acostumbrado a estar conmigo. Pienso que a todos los niños les sucede lo mismo; aun así me salí de ahí y no pude contener las lágrimas. Después fui a recorrer las calles del centro de Los Ángeles a buscar trabajo, me habían dicho que iba a ser fácil, pues había muchos empleos de costura.

No había caminado ni dos cuadras, cuando encontré varios anuncios solicitando personas para *trimiar*, yo ignoraba qué era eso; estaba leyendo el anuncio cuando salió un muchacho preguntando si sabía *trimiar*; inmediatamente le contesté que sí y me dijo que pasara, que ya tenía trabajo; me prestaron unas tijeras un poco raras, que eran las que se usaban para cortar las hebras de la ropa que ya estaba terminada (eso era *trimiar*), se me hizo muy fácil, pero era tardado.

Había una persona que pasaba revisando las prendas que íbamos terminando; si no estaba bien

hecho el trabajo se tenía que volver a hacer. Traté de hacerlo bien y rápido, pues me dijeron que pagaban cinco centavos por pieza, así que tenía que apurarme; todo ahí era una competencia, nadie quería retirarse de su lugar, sólo lo hacían para ir al baño o para comer algo, porque tenían que terminar muchas piezas para sacar lo de su día. Las personas que estaban cosiendo lo hacían con bastante velocidad; me dijeron que todos salían a las seis de la tarde, pero una hora antes empezaban a decir cuántas piezas habíamos terminado y cuánto dinero nos pagarían. Ese día gané ocho dólares, recuerdo que me sentí triste; una persona me dijo que no me desanimara, que tal vez en unos días haría lo doble, porque ése era el promedio que hacían los demás. Todo era cuestión de práctica.

No regresé a ese trabajo, había gastado dos dólares y cincuenta centavos de pasaje y un dólar con cincuenta centavos de un refresco y unas galletas, por lo tanto, ese día había ganado la gran cantidad de cuatro dólares; era para ponerse a llorar.

Al día siguiente, probé suerte en una tienda de perfumes y me dieron el trabajo, el problema era el horario: entraba a las nueve de la mañana y salía a las cinco de la tarde, luego tomaba el autobús y a esa hora el tráfico estaba (y sigue estando) muy pesado, esto ocasionaba que yo llegara a la casa una hora después, cansada, con hambre y, además, tenía que preparar la comida; lo único bueno

era que Benito recogía al niño de la guardería y lo cuidaba toda la tarde. Después de dos meses, decidí cambiar de trabajo y me puse a limpiar casas.

Me acordé de la señora Paty Castorena, que vivía cerca de la guardería donde trabajé, a veces dejaba a su nena y una vez me preguntó si yo conocía a alguna persona que quisiera trabajar con ella; afortunadamente no había encontrado a nadie y me dio el trabajo. Sólo tenía que cuidar de una nena de seis meses y limpiar un departamento; además, me quedaba muy cerca de la casa, caminaba quince minutos. Era una persona muy buena que me tenía mucha confianza y siempre me decía que yo no era su sirvienta, que era su amiga. La niña se encariñó tanto conmigo que, cuando la familia de la señora la visitaba, no quería irse con nadie, sólo quería estar conmigo. Yo pienso que eso pasa con todas las personas que cuidamos niños.

Pasaba el tiempo, mi hermana Rosa ya se había acomodado en su trabajo, llevaba dos años en una casa cuidando a una señora mayor; eran pocas horas, pero llegaba a la casa tarde porque tenía que tomar tres autobuses. A veces se llevaba a mi hijo al trabajo para no aburrirse.

Rosa había hecho amistad con una señora que conocía a muchas personas mayores que necesitaban ayuda los fines de semana, me preguntó si quería trabajar en eso, porque pagaban muy bien; finalmente, me decidí y acepté, pues no me

iba a afectar en el trabajo que ya tenía. Benito y mi hermana podrían cuidar a mi hijo, además, necesitábamos ahorrar dinero para seguir ayudando a la familia y en un futuro poder comprar un terrenito para hacer nuestra casa.

Empecé a trabajar los fines de semana, me dedicaba a cuidar a una persona mayor en la ciudad de Claremont. Había que tomar tres autobuses y caminar veinte minutos, pues son casas en las montañas, donde no llega el transporte público; todo es tranquilo y muy seguro. Era una casa enorme y la señora vivía solamente con la persona que la cuidaba, de lunes a viernes. En el año 1992 para mí no hubo fiestas, porque me pidieron que trabajara el Día de Acción de Gracias, Navidad y Año Nuevo. La señora se quedó sola conmigo en las festividades; para mí era muy triste ver que, teniendo ella tanto dinero, viviera sola y que ninguno de sus familiares la visitara en esas fechas.

La señora era muy exigente, además, no entendía nada de español. La persona que la cuidaba me decía que, en las noches, se tardaba una hora para decidir qué color de pijama, cojines o sábanas necesitaba.

Recuerdo la primera noche, cuando ya por fin decidió irse a dormir; se había pasado una hora pidiendo un cojín de un color y otro, después empezó a pedir cosas diferentes, como toallas pequeñas o cremas; era difícil entenderle, porque ya era una

persona mayor y no tenía paciencia, yo le pasaba una cosa y otra, hasta que por fin se decidía ir a la cama y dormir.

No había tiempo de ir a la escuela a estudiar inglés. Lo poco que se podía aprender era trabajando; afortunadamente, los patrones nos tenían paciencia, aunque cometíamos errores o hablábamos muy mal el inglés, lo que les interesaba era el buen trabajo que desempeñábamos. Poco a poco fuimos conociendo personas que nos pedían recomendaciones de gente para trabajar, pero que fueran de Oaxaca. Cuando les preguntábamos a los patrones si sabían de alguna persona que estuviera solicitando personal, nos contestaban: “Si es de Oaxaca, sí” (los oaxaqueños tenemos fama de ser muy trabajadores). De esta manera, comenzamos a ayudar a las muchachas conocidas para trabajar en alguna casa o en otros lugares. A veces el trabajo se nos hacía pesado, pues era muy diferente al que estábamos acostumbrados en nuestra tierra; aquí no podemos escoger, aquí primero es el trabajo y luego las fiestas, no importa si es sábado o domingo, la renta y demás pagos no esperan; pero no nos quejamos y, cuando lo queríamos hacer, recordábamos lo que todos los paisanos decimos: “Pero queríamos norte”, lo que significa: “querías estar aquí, aguántate”.

Benito seguía trabajando en el restaurante de hamburguesas, y en la tarde trabajaba en otro lugar igual, que era la competencia. El tiempo pasaba y yo

seguía añorando estar en el pueblo, pasar tiempo con mis familiares, disfrutando de la comida; pero ya nos estábamos acostumbrando a la manera de vivir en el norte, a trabajar duro y mandar dinero a mis familiares, para comprar algún terreno o hacer una casita. Todo lo hacíamos pensando en que sólo estaríamos un tiempo y luego regresaríamos a nuestro pueblo.

Nuestros familiares se sentían muy contentos de que nosotros estuviéramos por acá. También las personas del pueblo de mi papá poco a poco iban saliendo adelante, aprendiendo el idioma y algún oficio; igual que nosotros, mandaban sus ahorros para ayudar a su familia. Nunca perdieron la tradición del pueblo: celebrar al Señor de Santa Cruz; cada año se sigue haciendo la fiesta (actualmente la celebración es más grande); aunque la vida es diferente aquí y conocemos comida de otros países, jamás cambiaríamos lo de nuestra tierra.

La señora Paty puso un negocio en San Francisco, meses después decidió irse y me invitó a seguir trabajando con ellos, pero para mí era difícil dejar Los Ángeles y empezar de nuevo, así que sólo acepté ayudarla por un mes y aprovechar para conocer, después regresaría a buscar otro trabajo. En ese tiempo ya era más fácil, pues teníamos amistad con diferentes personas y muy buenas referencias de los patrones con los que ya habíamos trabajado; así que inmediatamente encontré trabajo en la ciudad de Malibú.

El tiempo pasaba y nosotros seguíamos trabajando duro, Benito tenía dos empleos y yo también; empecé a trabajar para una familia de rusos que vivían en una casa enfrente de la playa; mis actividades no eran nada pesadas, consistían en jugar con un niño de cuatro años y, por ratos, cuidar al pequeño de seis meses; eran personas muy buenas que le pagaban a otra muchacha que cocinaba y hacía la limpieza, así que yo nada más ayudaba cuando la abuelita entretenía a los niños. Mi horario era de nueve de la mañana a dos de la tarde; tomaba dos camiones, uno a las seis de la mañana y el otro a las ocho. Regresaba a mi casa a las cinco de la tarde, o sea que pasaba seis horas en los camiones, pero valía la pena; eran personas agradables y pagaban muy bien.

Ya llevábamos algunos años en Estados Unidos, adaptándonos y tratando de conocer más lugares, disfrutar comidas y tradiciones de otras culturas, pero siempre recordando nuestra tierra.

Nunca dejé de comunicarme por teléfono con mis padres y mis tíos. Cada vez que hablaba con ellos, me sentía como si estuviera allá en Oaxaca. Mi tío Linito, quien había sido como mi padre, me daba consejos todo el tiempo y repetía siempre estas palabras: “Trabajen mucho, ahorren y regresen al pueblo cuando estén fuertes; no vayan a regresar cuando estén inservibles”.

Gracias a sus consejos, trabajamos duro para ahorrar y ayudarlos, pues eran lo más im-

portante para nosotras; además de que ellos también tenían esperanzas de recibir su dinerito para ayudarse a sembrar sus terrenos o para comprarse algo en las fiestas.

Un sábado, Benito se fue a trabajar un rato y yo me quedé limpiando la casa y cuidando de mi hijo de cinco años. De pronto sentí un dolor fuerte en el estómago, no era raro, ya me había dado varias veces y me habían diagnosticado gastritis; pero esta vez no se me calmaba con el medicamento que acostumbraba tomar. Cuando llegó Benito, me llevó con un médico, que inmediatamente me dio medicinas; aunque el dolor era intenso y yo le rogaba que me inyectara, me mandó a descansar. Sin embargo, yo me sentía peor.

A las tres horas fui a otra clínica, donde me hicieron estudios y me recetaron otras medicinas.

Cuando llegué a casa no pude descansar porque el dolor seguía siendo muy fuerte. Eran las ocho de la noche y Benito, desesperado por lo mal que me veía, decidió llevarme a El Buen Samaritano, otro hospital cercano; ahí me tuvieron esperando por dos horas. Más tarde, me dejaron en un pasillo, mientras me sacaban sangre para hacer unos estudios. Luego, por fin me pasaron a un cuarto. Me explicaron que me tenía que esperar, porque era sábado y sólo había un doctor (pensábamos que eso pasaba solamente en México).

Me di cuenta de que estaba en peor estado; Benito se asomaba para preguntarme si ya me ha-

bían atendido, pues no lo dejaban entrar para quedarse conmigo. Recuerdo que me sentía tan mal que pensé que me estaba muriendo.

Eran las dos de la mañana cuando por fin llegó un médico y una enfermera que me hicieron varias preguntas y finalmente me inyectaron. Recuerdo muy poco de lo que pasó durante esos momentos; el dolor era terrible y paulatinamente fue disminuyendo. No sé cuánto tiempo pasó, pero después el doctor regresó con la enfermera para que ella me explicara todo lo que él tenía que decirme. Me comentó acerca de la gravedad de mi situación, y que no me podía quedar en ese hospital porque estaba muy delicada (efectivamente, me estaba muriendo).

Si el doctor hubiera llegado media hora después, ya no se habría podido hacer nada, porque la vesícula estaba llena de piedras y se había reventado. El médico pudo detener el líquido para que no se siguiera regando en los órganos, pero no sabía qué iba a pasar; me hicieron radiografías y una ambulancia me llevó a otro hospital en la ciudad de Sylmar.

Cuando llegué, inmediatamente me dieron a tomar un líquido y me hicieron todos los estudios. En cuanto terminaron, se acercó un médico a hacerme varias preguntas, luego otro, y así sucesivamente, otros más; todos me daban el mismo diagnóstico. Después me llevaron a mi cuarto y cada

mañana me sacaban sangre, para saber cómo estaba mi páncreas, pues, al tirarse el líquido de la vesícula, había afectado los órganos; en este caso el más afectado era el páncreas y, mientras no disminuyera de tamaño, no podían operar, porque tenían que esperar hasta que volviera a tomar su tamaño normal. Así pasó un mes, sin poder probar nada de comida y tampoco agua; estaba estrictamente prohibido.

Me sentía bien, aparentemente, pero estaba preocupada por mi hijo, por Benito y por mi familia de Oaxaca; mi tío Linito me hablaba por teléfono, para decirme que me regresara al pueblo, que él me iba a cuidar; mi madre también estaba muy preocupada.

Una mañana llegó la enfermera, como todos los días, a sacarme sangre y, después de algunas horas, apareció el doctor para platicar conmigo; estaba molesto, diciendo que cómo era posible que no se habían dado cuenta de que yo tenía piedras en la vesícula y decía que todo lo que pasó se podría haber evitado; por suerte, el páncreas estaba mejor y era hora de operar, aunque me aclaró que la operación era muy delicada (de nuevo, pensábamos que en Estados Unidos no pasaban estas cosas).

Por fin, llegó el día de la operación, en todo ese mes no me dejaron comer absolutamente nada, ni tomar agua, aunque les dijera que sentía que me estaba muriendo de hambre; los doctores decían que el estómago tenía que estar muy limpio, por el

líquido que se regó. Todo salió bien. Antes de irme a la casa, los médicos me prohibieron trabajar durante tres meses, pues mi operación fue muy delicada y porque sabían que mi trabajo era limpiar casas y a veces cuidar personas mayores. Yo estaba preocupada, pensando qué iba a pasar mientras no pudiera trabajar; había perdido un buen trabajo, con los rusos, en una casa preciosa, como nunca había conocido ninguna. Necesitaba hacer algo, no podía esperar tanto tiempo sin trabajar, tenía que seguir, porque a eso venimos a este país. Yo necesitaba reiniciar mis actividades.

## LA FELICIDAD DE VOLVER A VER A MI FAMILIA

Al pasar un mes, me fui a pedir trabajo a una oficina. Dios me había abierto la puerta, pues me contrataron y, hasta la fecha, sigo trabajando ahí. Esto me dio la oportunidad de poder viajar sin ningún problema, al fin podría ir a ver a mis familiares. Mis padres estaban felices de conocer a mi hijo, se lo llevaban al campo; le enseñamos juegos que nosotros disfrutábamos a esa edad, jugar con tierra, con los perros y otras actividades. Mi madre nos preparaba las mejores comidas, sin faltar las deliciosas tortillas, que eran su especialidad. Ahora podíamos ir dos veces por año, aunque faltaba la presencia de mi tía Alicia, quien falleció tres años antes; disfrutaba con mi madre y mi tío Linito; la alegría me duró muy poco, porque al año siguiente mi madre enfermó. Gracias a Dios pude estar con ella, sin embargo, a los dos meses murió. Benito seguía con dos trabajos; afortunadamente, yo tenía un trabajo estable; mi hijo ya estaba en la primaria. A pesar de la pérdida de mi madre, todo iba mejorando.

Poco después nació Alice, una niña especial que Dios le mandó a mi hermana Rosa.

Un año más tarde nació mi niña; era lo que mi hijo deseaba, una hermanita, pero, la verdad, a

nosotros nos cayó de sorpresa, pues mi hijo ya tenía 8 años. Había que trabajar más para seguir adelante.

En el trabajo empecé a vender tamales oaxaqueños, de rajas, verdes y rojos, sin faltar los tamales de mole, envueltos en hoja de plátano; gracias al señor Alberto Mejía y a sus hijos, personas de Santa María Coyotepec, que habían puesto su negocio y les estaba yendo muy bien, y eso de alguna forma les ayudó, pues en los eventos de la oficina sus tamales eran los preferidos.

Siempre íbamos de vacaciones a Oaxaca, a disfrutar de la comida y las fiestas, en Santa María y Santa Cruz; desgraciadamente, ahora que podíamos viajar, ya habían muerto mis tíos y mi madre. Es una lástima que mis hijos no los pudieron disfrutar un poco más; sólo quedaba disfrutar a los abuelos, el abuelote Nolasco, como le decía mi hijo, y papá Quencho.

Cuando volvíamos a Los Ángeles, mi hija regresaba triste, diciendo que ella quería vivir en el pueblo; era feliz abrazando a los perros, disfrutaba el campo, las fiestas y muchas cosas que no había aquí.

Pasaban los años y seguíamos en Estados Unidos, acostumbrándonos al ritmo de vida y conociendo a paisanos de diferentes pueblos de Oaxaca; algunos ya tenían años en su trabajo, muchos, al llegar, tuvieron que aprender a hacer trabajos de construcción, limpieza o cocina, labores que no habían hecho en su tierra, pues una gran parte eran

profesionistas; pero aquí venimos a trabajar “de lo que cayera” (como decían ellos) y a salir adelante; algunos, por su trabajo, aprendieron diferentes idiomas, había quienes hablaban hasta cuatro lenguas: zapoteco, español, inglés, chino, incluso italiano, dependiendo de su lugar de trabajo.

Estábamos sorprendidos de los paisanos oaxaqueños, que se organizaban para formar grupos y trabajar muy duro para mostrar la cultura y tradiciones de nuestro estado de Oaxaca; el señor Otomí, en ese tiempo, era el presidente del Grupo Oro y, gracias al esfuerzo de todos los que formaban el grupo, fue posible la fiesta de La Guelaguetza en los Ángeles (basada en una celebración muy famosa que se hace en Oaxaca, en el mes de julio), a la que asistíamos felices a disfrutar de las tlayudas, el tejate, la nieve y los hermosos y alegres bailables.

Actualmente, esta fiesta empieza un día antes con el convite, recorrido que hacen los organizadores, las madrinas, danzantes y todas las personas que van a participar el siguiente día, acompañados de las diferentes bandas de música oaxaqueña que se han logrado formar en Los Ángeles, gracias al esfuerzo de los oaxaqueños que, de una manera u otra, participan en este evento tan importante.

Los paisanos empezaron a vender productos oaxaqueños, ya podíamos conseguir las clayudas, mole, chocolate y el delicioso quesillo o queso de hebras, como le llaman las personas que no son de

Oaxaca; desde luego, también se podían encontrar el mezcalito y los chapulines. Un día llegó a visitarnos un primo y un amigo de él, quienes estaban en la universidad, en la Ciudad de México; teníamos mucho tiempo de no ver a mi primo. Me trajeron clayudas y quesillo; su amigo sacó de su mochila dos latas de chiles en vinagre y unos aguacates, pues él pensaba que aquí no se encontraban esos productos; estaba sorprendido de que sí hubiera, igual que yo, cuando llegué a este país.

Eran los años noventa. Los oaxaqueños estaban sobresaliendo enormemente, trayendo la tradición, cultura y comida de nuestro estado. Uno de los primeros negocios de comida oaxaqueña que conocí fue La Guelaguetza; era un lugar pequeño, pero la comida tan deliciosa que preparaban llamó la atención, pues se podía disfrutar desde un mole hasta unos chapulines, todo muy original; gracias a su esfuerzo, se abrió un local más grande con muy buen ambiente, donde asisten a disfrutar de la comida personas de diferentes países.

Los fines de semana se presentan grupos musicales y podemos oír música de nuestra tierra; es de admirar la gran labor de los dueños, quienes ayudaron a seguir con la tradición, apoyando a los niños y jóvenes para formar bandas de música y grupos folklóricos que, de alguna manera, se enriquecían aprendiendo la música tradicional, bailando y tocando sonos de nuestra tierra.

Después empezaron a abrirse más negocios de los paisanos oaxaqueños; también había personas encargadas de organizar actos cívicos; uno de los más importantes es el que conmemora el natalicio del licenciado Benito Juárez, orgullo de todos los oaxaqueños. Nos unimos a esta celebración, vistiendo a mi hijo de Benito Juárez, con su traje de manta, su sombrero y su flauta de carrizo; le enseñamos una poesía muy bonita, que se recitaba en este evento en el Parque México; además, también participábamos en los desfiles del 16 de septiembre, recorrido donde van personas de diferentes estados de la República Mexicana, encabezados por las autoridades de la ciudad de Los Ángeles. Actualmente, se sigue manteniendo esta celebración.

Pasaba el tiempo, no dejábamos de trabajar, mi hijo ya estaba en la universidad y la niña en la secundaria. Habíamos ahorrado un poco de dinero y teníamos planeado poner un negocio en Oaxaca; la idea era quedarnos aquí a trabajar cuatro años más, mientras el negocio empezara prosperar; pensábamos en que mi hijo llegaría a los 21 años y que ya tendríamos la oportunidad de arreglar nuestra estancia legal en este país, pues en ese momento sólo teníamos visa de trabajo; ya con la residencia permanente, podríamos estar viajando a Oaxaca las veces que fuera necesario.

Dos años después Benito enfermó y, a los pocos meses, los doctores dijeron que ya no había

nada qué hacer. Afortunadamente, era verano, mis hijos tenían vacaciones, y los tres nos la pasamos acompañándolo en el hospital. Decidí llevarlo a nuestro querido pueblo, donde murió cinco días después. Por eso admiro y quiero a mi pueblo Santa María Coyotepec, porque a pesar de no haber vivido ahí por un largo tiempo, llegaron muchas personas a velarlo, como es la costumbre, con flores, velas, dinero y hasta despensas. Me imagino que él se fue feliz de haber llegado a su casa y por la oportunidad de ver a su familia más cercana en sus últimas horas.

Lo velamos como es tradición en el pueblo, con la banda de música, rezos, cantos y flores, muchas flores.

Al llevarlo al panteón, lo iba acompañando la banda de música y el mariachi. Ahí terminó todo su esfuerzo y trabajo de permanecer en Estados Unidos, un esfuerzo que ha valido la pena, ya que mis dos hijos están en la universidad, cumpliendo nuestro sueño.

## ÉXITO Y SUPERACIÓN

Así como pasó en la historia que cuento, también están las historias de muchos paisanos que han perdido a sus seres queridos, y no pudieron viajar por falta de documentos; están los que aquí han muerto y que fueron enterrados en este país; los que han luchado, pero no lograron mucho; los que prefirieron invertir en Oaxaca, pensando que se iban a regresar pronto, sin embargo, todavía siguen trabajando aquí; están quienes, al extrañar a sus familiares, prefirieron regresar con los bolsillos vacíos; otros regresaron enfermos, solamente para morir en su pueblo; algunos vinieron con la ilusión de construir una casa en su lugar de origen y, al terminarla, decidieron regresar a disfrutarla.

Quienes supieron aprovechar las oportunidades que este país les ha dado, aunque no tuvieran una estancia legal, han sido buenos estudiantes, terminando una carrera universitaria, y han demostrado su talento en la pintura, la música, incluso en la cocina. No importa el hecho de venir de una familia humilde.

Otros tuvieron la suerte de nacer en Estados Unidos, han sobresalido, estudiando en universidades de gran prestigio y son ahora el ejemplo para otros estudiantes y el orgullo de sus padres.

Muchos paisanos, con su esfuerzo, han logrado sus sueños de tener un negocio y ahora tienen su panadería, su taller mecánico, tiendas de abarrotes, negocios de comida, entre otras actividades comerciales; muchos otros lograron comprar su casita en Estados Unidos, algo que anhelaban. Así es la vida y el esfuerzo de los indocumentados.

Se terminaron los planes de Benito de poner un negocio y algún día regresar a Oaxaca. Ése era el sueño, ver a nuestros hijos terminar alguna carrera, para después, Benito y yo regresar a nuestro pueblo. Ahora todo eso ya no existe; ahora no sé ni qué planear, mis padres ya no están, ni mis queridos tíos, ni Benito. Mis hijos nacieron aquí, tienen otras ideas, otra forma de vivir y de pensar.

Antes de morir, me gustaría volver a vivir un tiempo en mi tierra, regresar al campo, al arroyo, a las fiestas del pueblo. Quisiera morir allá, rodeada de música y muchas flores.

## SOBRE MÍ

Nací en un pueblo pequeño del estado de Oaxaca, Santa María Coyotepec, lugar donde disfruté cosas maravillosas de mi niñez y mi juventud. Por cuestiones del destino decidí cruzar la frontera sin documentos, sin pensar en los retos que tendría que pasar.

La vida me regaló dos hijos maravillosos que me llenaron de felicidad; también hubo días grises y otros color rosa, días nublados y algunos muy brillantes.

Decidí escribir este pequeño libro por admiración a mis paisanos que lograron sus sueños sin importar su estancia legal, y por la emoción que sentí al ver que nuestros hijos se iban graduando de la universidad, valorando el esfuerzo que pasamos para llegar a este país.

Era un sueño que tanto deseábamos; eso dio más color a lo vivido, por eso nació *Los colores de la vida: Vámonos pa'l norte*.

## ÍNDICE

Agradecimientos.....	5
Prólogo.....	9
Miniñez.....	12
Llegamos a Santa Cruz Papalutla.....	17
¡Vámonos a la Ciudad de México!.....	21
Regresamos a nuestro pueblito querido.....	26
Bonitos recuerdos de juventud.....	28
Las fiestas de mi pueblo.....	31
Los paisanos empezaron a cruzar la frontera.....	37
¡Vámonos a Estados Unidos!.....	41
Llegamos a Los Ángeles.....	54
Mis primeros trabajos.....	56
La felicidad de volver a ver a mi familia.....	86
Éxito y superación.....	92
Sobre mí.....	94

Impreso en México, 2025.

Todos los derechos reservados.